



## Antología

Libro de lectura

Grado 4

**Narrativas personales, poesía y  
ficción contemporánea**

**Español**

Grado 4

---

**Narrativas personales,  
poesía y ficción  
contemporánea**

---

**Antología**

ISBN 978-1-63602-879-8

© 2022 Amplify Education, Inc. and its licensors

**[www.amplify.com](http://www.amplify.com)**

All Rights Reserved.

Core Knowledge Language Arts and CKLA are trademarks of the Core Knowledge Foundation.

Trademarks and trade names are shown in this book strictly for illustrative and educational purposes and are the property of the respective owners. References herein should not be regarded as affecting the validity of said trademarks and trade names.

Printed in the USA  
01 XXX 2021

Contenido

# Narrativas personales, poesía y ficción contemporánea

## Antología

<b>Introducción</b> . . . . .	1
<b>Narrativas personales</b> . . . . .	3
<b>Mi querida bicicleta</b> . . . . .	7
<b>¡Adiós, querido Cuco!</b> . . . . .	13
<b>Cuando era puertorriqueña:</b> . . . . .	17
Prólogo: Cómo se come una guayaba . . . . .	18
<b>Mi mundo adorado</b> . . . . .	21
Prólogo . . . . .	22
Cuatro . . . . .	31
<b>Tesoros de mi isla</b> . . . . .	41
Saludo . . . . .	42
El agrimensor . . . . .	47
Despedida . . . . .	51
Pregones . . . . .	51
Días de circo . . . . .	59
<b>Los discos de mi abuela</b> . . . . .	64
La canción de mi abuela . . . . .	68

<b>Poesía: collage de palabras</b> . . . . .	69
<b>Eustaquio Pérez</b>	
“Caperucita Roja” . . . . .	72
<b>Pat Mora</b>	
“El desierto es mi madre” . . . . .	76
<b>Francisco X. Alarcón</b>	
“Las canciones de mi abuela” . . . . .	80
<b>Luigi Amara</b>	
“El baile de la medusa” . . . . .	82
<b>Jorge Narváez Ceballos</b>	
“Mi tierra de niño” . . . . .	84
<b>Gerardo Diego</b>	
“Balón de fútbol” . . . . .	86
<b>J. Ramón Pichardo Arce</b>	
“A la unión de Centroamérica” . . . . .	90
<b>Gloria Fuertes</b>	
“El corazón de la Tierra” . . . . .	92
<b>Antonio García Teijeiro</b>	
“Son olas verdes” . . . . .	94
<b>Germán Machado</b>	
“En la calma del trópico” . . . . .	96
<b>Carmen Gil</b>	
“Don Quijote” . . . . .	98
“Rocinante” . . . . .	101
<b>Gloria Fuertes</b>	
“Escribo” . . . . .	102
<b>Francisco X. Alarcón</b>	
“Las palabras son pájaros” . . . . .	104
<b>Rafael Alberti</b>	
“Se equivocó la paloma” . . . . .	108
<b>José Gautier Benítez</b>	
“A Puerto Rico (Regreso)” (fragmento) . . . . .	110

<b>Ficción contemporánea</b> Capítulos de	
<i>La casa en Mango Street</i> por Sandra Cisneros. . . . .	113
<b>“La casa en Mango Street”</b> . . . . .	116
<b>“Mi nombre”</b> . . . . .	120
<b>“Bien águila”</b> . . . . .	124
<b>“Nuestro día bueno”</b> . . . . .	128
<b>“Los que no”</b> . . . . .	132
<b>“Gil compraventa de muebles</b> . . . . .	134
<b>“Las tres hermanas”</b> . . . . .	138
<b>“Una casa propia”</b> . . . . .	144
<b>“A veces Mango dice adiós”</b> . . . . .	146
<b>“Un sándwich de arroz”</b> . . . . .	148
<b>Biografía</b> . . . . .	155
<b>Glosario</b> . . . . .	157



# Introducción

---

## ¡Saludos, estudiante de grado cuatro!

Estás a punto de embarcarte en una emocionante aventura en la lectura, el aprendizaje y el estudio de tres tipos diferentes de textos: narrativas personales, ficción contemporánea y poesía. Este libro está dividido en tres secciones en ese orden. Echemos un vistazo más de cerca a lo que hay en cada sección.

En la sección “Narrativas personales”, leerás historias reales escritas por las personas que las vivieron. Los autores compartirán sus recuerdos más interesantes, importantes o divertidos sobre un momento de su vida. En la sección “Ficción contemporánea”, leerás y examinarás breves pasajes de un libro de ficción titulado *La casa en Mango Street*, escrito por Sandra Cisneros. A través de estos breves pasajes, explorarás la vida de una niña y su comunidad. Y, en la sección de “Poesía”, estudiarás el maravilloso mundo de la poesía leyendo poemas escritos por hombres y mujeres de diferentes países y épocas. También encontrarás un glosario al final del libro que te ayudará a aprender el significado de palabras desconocidas y a





comprender mejor el texto. Ahora que sabes lo que incluye este libro, ¿ya te sientes emocionado? ¿Qué es lo que más te emociona? ¿De qué te preguntas? ¿De cuál de estos tipos de textos te gustaría saber más? Mantén estas preguntas y otras preguntas que puedas tener en mente al emprender esta aventura de lectura de narrativas personales, ficción contemporánea y poesía. ¡Ahora, comencemos!



# Narrativas personales



Delibes, Miguel. *Mi querida bicicleta*. © Miguel Delibes, 1988, and Heirs of Miguel Delibes.

Hiriart, Berta. *Adiós, querido Cuco*. "Noticias de la autora" and "Berta Hiriart nos cuenta." Ediciones Colihue, 2006.

Santiago, Esmeralda. *Cuando era puertorriqueña*. "Prólogo: Cómo se come una guayaba." Translation copyright © 1994 by Penguin Random House LLC. Used by permission of Vintage Español, an imprint of the Knopf Doubleday Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC. All rights reserved.

Santiago, Esmeralda. *When I Was Puerto Rican*. Copyright © 1993. Reprinted by permission of Da Capo Press, an imprint of Hachette Book Group, Inc..

Sotomayor, Sonia. Excerpt(s) from *Mi mundo adorado*. Translation by Eva Ibarzabal. Translation copyright © 2013 por Vintage Books, una división de Random House LLC. Used by permission of Vintage Español, an imprint of the Knopf Doubleday Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC. All rights reserved.

Ada, Alma Flor. *Where the Flame Trees Bloom*. Text copyright © 1994 by Alma Flor Ada. Reprinted with the permission of Atheneum Books for Young Readers, an imprint of Simon & Schuster Children's Publishing Division. All rights reserved.

Ada, Alma Flor. *Under the Royal Palms*. Copyright © 1998 by Alma Flor Ada. Reprinted with the permission of Atheneum Books for Young Readers, an imprint of Simon & Schuster Children's Publishing Division. All rights reserved.

Velasquez, Eric. *Los discos de mi abuela*. Author and illustrator Eric Velasquez. Published under permission by Lectorum Publications, Inc.





# Mi querida bicicleta

Miguel Delibes



Yo no hacía más que dar vueltas por los paseos laterales, a lo largo de la **tapia**, con regreso por el paseo central, pero, al franquear el cenador con su mesa y sus bancos de piedra, las enredaderas chorreando de las pérgolas, azotándome el rostro, vacilaba. La bicicleta hacía dos eses y estaba a punto de caer pero, felizmente, la enderezaba y volvía a pedalear y a respirar tranquilo: tenía el camino **expedito** hasta la vuelta siguiente. Y así, una y otra vez, sin medir el tiempo. Mi padre, que todos los veranos leía el Quijote y nos sorprendía a cada momento con una risotada solitaria y **estrepitosa**, me había dicho durante el desayuno, atendiendo mis insistentes requerimientos para que me enseñara a montar:

—Luego; a la hora de comer. Ahora déjame un rato.

Para un niño de siete años, los luego de los padres suelen suponer eternidades. De diez a una y media me dediqué, pues, a contemplar con un ojo la bicicleta, de mi hermano Adolfo, apoyada en un banco del cenador (una Arelli de paseo, de barras verdes y níqueles brillantes, las palancas de los frenos erguidas sobre los puños del manillar) y con el otro, la cristalera de la galería que caía sobre el jardín, donde mi padre, arrellanado en su butaca de mimbre con cojines de paja, leía incansablemente las aventuras de don Quijote. Su concentración era tan completa que no osaba subir a recordarle su promesa. Así que esperé pacientemente hasta que, sobre las dos de la tarde, se presentó en el cenador, con chaleco y americana pero sin corbata, negligencia que caracterizaba su atuendo de verano:

—Bueno, vamos allá.

Temblando enderecé la bicicleta. Mi padre me ayudó a encaramarme en el sillín, pero no corrió tras de mí. Sencillamente me dio un empujón y voceó cuando me alejaba:

—Mira siempre hacia adelante; nunca mires a la rueda.

Yo salí pedaleando como si hubiera nacido con una bicicleta entre las piernas. En la esquina del jardín doblé con cierta inseguridad, y, al llegar al fondo, volví a girar para tomar el camino del centro, el del cenador, desde donde mi padre controlaba mis movimientos. Así se entabló entre nosotros un diálogo **intermitente**, interrumpido por el tiempo que tardaba en dar cada vuelta:

—¿Qué tal marchas?

—Bien.

—¡No mires a la rueda! Los ojos siempre adelante.

Pero la llanta delantera me atraía como un imán y había de esforzarme para no mirarla. A la tercera vuelta advertí que aquello no tenía mayor





misterio y en las rectas, junto a las tapias, empecé a pedalear con cierto brío. Mi padre, a la vuelta siguiente, frenó mis entusiasmos:

—No corras. Montar en bicicleta no consiste en correr.

—Ya.

Le cogí el **tranquillo** y perdí el miedo en menos de un cuarto de hora. Pero de pronto se levantó ante mí el fantasma del futuro, la incógnita del “¿qué ocurrirá mañana?” que ha **enturbiado** los momentos más felices de mi vida. Al pasar ante mi padre se lo hice saber en uno de nuestros entrecortados diálogos:

—¿Qué hago luego para bajarme?

—Ahora no te preocupes por eso. Tú despacito. No mires a la rueda.

Daba otra vuelta pero en mi corazón ya había anidado el desasosiego. Las ruedas siseaban en el sendero y dejaban su huella en la tierra recién regada, pero la incertidumbre del futuro ponía nubes sombrías en el horizonte. Daba otra vuelta. Mi padre me sonreía:

—Y cuando me tenga que bajar, ¿qué hago?

—Muy sencillo; frenas, dejas que caiga la bicicleta de un lado y pones el pie en el suelo.

Rebasaba el **cenador**, llegaba a la casa, giraba a la derecha, cogía el paseo junto a la tapia, aceleraba, alcanzaba el fondo del jardín y retornaba por el paseo central. Allí estaba mi padre de nuevo. Yo insistía tercamente:

—Pero es que no me sé bajar.

—Eso es bien fácil, hijo. Dejas de dar pedales y pones el pie del lado que caiga la bicicleta.

Me alejaba otra vez. Sorteaba el cenador, topaba con la casa, giraba ahora a la izquierda, recorría el largo trayecto junto a la tapia hasta alcanzar el fondo del jardín para retornar al paseo central. Mi padre iba ya caminando lentamente hacia el porche:

—Es que no me atrevo. ¡Párame tú! —confesé al fin.

Las nubes sombrías nublaron mi vista cuando oí la voz llena de mi padre a mis espaldas:

—Has de hacerlo tú solo. Si no, no aprenderás nunca. Cuando sientas hambre subes a comer.

Y allí me dejó solo, entre el cielo y la tierra, con la conciencia clara de que no podía estar dándole vueltas al jardín eternamente, de que en uno u otro momento tendría que **apearme**, es más, con la convicción absoluta de que en el momento en que lo intentara me iría al suelo. En las enramadas se oían los gorjeos de los gorriones y los silbidos de los mirlos como una burla, mas yo seguía pedaleando como un autómatas, bordeando la línea de la tapia, sorteando las enredaderas colgantes de las pérgolas del cenador. ¿Cuántas vueltas daría? ¿Cien? ¿Doscientas? Es imposible calcularlas pero yo sabía que ya era por la tarde. Oía jugar a mis hermanos en el patio delantero, las voces de mi madre preguntando por mí, las de mi padre tranquilizándola, y **persuadido** de que únicamente la preocupación de mi madre hubiera podido salvarme, fui adquiriendo conciencia de que no quedaba otro remedio que apearme sin ayuda, de que nadie iba a mover un dedo para facilitarme las cosas, incluso tuve un anticipo de lo que había de ser la lucha por la vida en el sentido de que nunca me ayudaría nadie a bajar de una bicicleta, de que en este como en otros apuros tendría que **ingeniármelas** por mí mismo. Movidado por este convencimiento, pensé que el lugar más adecuado para el aterrizaje era el cenador. Había de llegar hasta él muy despacio, frenar ante la mesa de piedra, afianzar la

mano en ella, y una vez seguro, levantar la pierna y apearme. Pero el miedo suele imponerse a la previsión y, a la vuelta siguiente, cuando frené e intenté sostenerme en la mesa, la bicicleta se inclinó del lado opuesto, y yo entonces di una pedalada rápida y **reanudé** la marcha. Luego, cada vez que decidía detenerme, me asaltaba el temor de caerme y así seguí dando vueltas incansablemente hasta que el sol se puso y ya, sin pensármelo dos veces, **arremetí** contra un seto de boj, la bicicleta se atoró y yo me apeé tranquilamente. Mi padre ya salía a buscarme:

—¿Qué?

—Bien.

—¿Te has bajado tú solo?

—Claro.

Me dio en el pestorejo un golpe cariñoso:

—Anda, di a tu madre que te dé algo de comer. Te lo has ganado.

# ¡Adiós, querido Cuco!

Berta Hiriart



## Noticias de la autora

*Se dice de mí...*

Al cumplir siete años, vi —por la casi recién inventada televisión a color— el lanzamiento de la perra Laika a la luna. El impacto no se hizo esperar: yo también quería viajar al espacio. De modo que construí una nave con sábanas y colchas, y disfrazada con el casco de minero de mi papá, subí en ella y dije adiós a este mundo de **deberes**, sopas de espinaca y demás cosas molestas.

De este modo, conocí las delicias del teatro. Pronto, sin embargo, no me bastó disfrutarlas a solas. Así que invité a mis primos a sumarse al juego. Y aquí empezó el teatro de verdad porque, luego de preparar nuestras obras, pedíamos a los papás que asistieran a la función.

Ni qué decir el gusto que me dio ser yo misma público de obras realizadas por actores profesionales, en hermosos edificios con **telones** y luces. Cada función me daba ideas para mis propios **montajes**, y lo mismo sucedía con los libros y las películas.

Bueno, pues desde entonces no he dejado de inventar historias. Es mi trabajo. Me encanta escribirlas y llevarlas a escena o verlas publicadas en libros como este. Sin embargo, la tarea queda incompleta si no hay lectores o público, pues escribo para conversar con la gente.

No hay una respuesta inmediata, pero cada vez que una niña o un niño lee un texto mío, cada vez que algún maestro organiza una lectura dramatizada o que un director de teatro se anima a montar una de mis obras, añade al escrito sus propias ideas y emociones. Lo termina, hecho que no puedo más que agradecer.

Berta Hiriart

## Berta Hiriart nos cuenta...

—¿Cuándo empezaste a escribir?

Casi tan pronto como pude reunir las letras en palabras, ya quería contar con ellas algo más que el “mi mamá me mima” dictado por la maestra. No vaya a creerse por esto que fui buena estudiante. Solo me sucedió nacer con una debilidad por las palabras y las historias que estas son capaces de contar.

—¿Cómo se te ocurrió la historia de ¡Adiós, querido Cucu!?

Fue a raíz de la muerte de mi viejo y querido perro Dodo. Como suele pasar, esta pérdida me despertó el recuerdo de otras, vividas en la infancia. **Desfilaron** por mi mente el canario del que el gato solo dejó unas plumas, los pececitos que amanecieron flotando, el bóxer atropellado. Junto con los recuerdos, llegó también la **experiencia** de ver a mis nietas sufrir por la muerte de sus propias mascotas. Me surgió entonces la necesidad de escribir, no tanto sobre el hecho de la



muerte, cuyo misterio me deja **muda**, sino sobre el proceso de duelo de quienes quedamos **vivitos y coleando**. Porque, finalmente, aunque es inevitable llorar y enojarse ante la pérdida de los seres queridos, pasado el tiempo, la aceptamos y, si el proceso se cumplió a fondo, volvemos a disfrutar de la vida. Es lo natural.

—¿Te gusta el teatro? ¿Por qué?

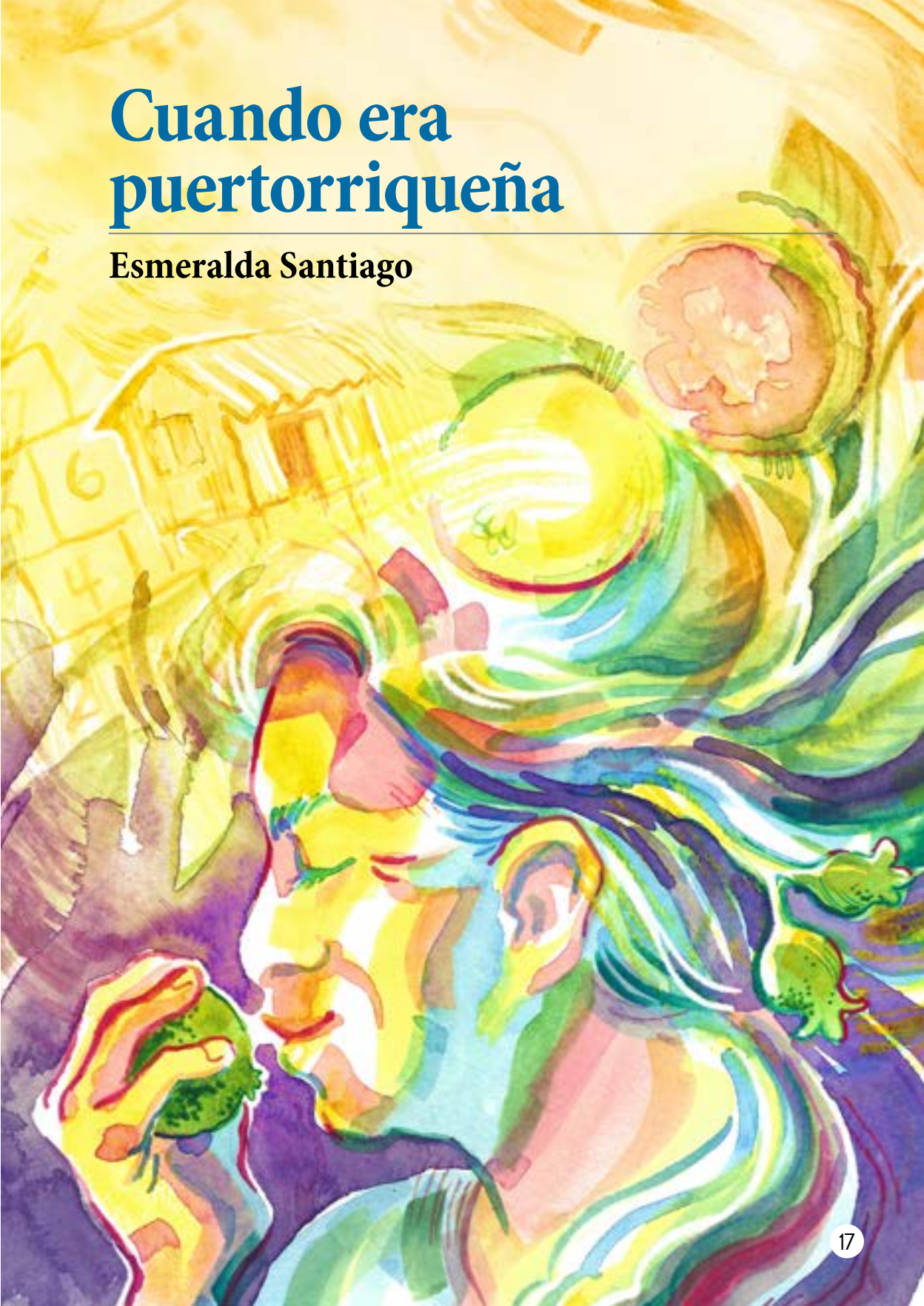
Siento que gustar es una palabra que queda corta. Digamos, me gustan los camarones pero puedo pasarla sin ellos tranquilamente. El teatro para mí es otra cosa, es una forma de entender y relacionarme con la vida. El hecho de que las situaciones que me entristecen, me maravillan o me indignan puedan ser representadas ante un público tiene un efecto mágico que no alcanza ninguna otra experiencia.

—¿Cómo imaginás a tus lectores?

Inteligentes.

# Cuando era puertorriqueña

Esmeralda Santiago





## Prólogo: Cómo se come una guayaba

Venden guayabas en el Shop & Save. Elijo una del tamaño de una bola de tenis y acaricio su tallo espinoso, su familiar textura nudosa y dura. Esta guayaba no está lo suficientemente madura; la cáscara está muy verde. La huelo y me imagino un interior rosado pálido, las semillitas bien incrustadas en la pulpa.

La guayaba madura es amarilla, aunque algunas variedades tienen un tinte rosado. La cáscara es gruesa, dura y dulce. Su corazón es de un rosado vivo, lleno de semillas. La parte más deliciosa de la guayaba está alrededor de las semillitas. Si no sabes cómo comerte una guayaba, se te llenan los entredientes de semillas.

Cuando muerdes una guayaba madura, tus dientes deben apretar la superficie nudosa y hundirse en la gruesa cáscara comestible sin tocar el centro. Se necesita experiencia para hacer esto, ya que es difícil determinar cuánto más allá de la cáscara quedan las semillitas.

En ciertos años, cuando las lluvias han sido **copiosas** y las noches frescas, es posible hundir el diente dentro de una guayaba y no encontrar muchas semillas. Los palos de guayaba se doblan hacia la tierra, sus ramas cargadas de frutas verdes, luego amarillas, que parecen madurar de la noche a la mañana. Estas guayabas son grandes y jugosas, con pocas semillas, invitándonos a comer una más, solo una más, porque el año que viene quizás no vendrán las lluvias.

Cuando niños, nunca esperábamos a que la guayaba se madurara. Atacábamos los palos en cuanto el peso de las frutas **arqueaba** las ramas hacia la tierra.

Una guayaba verde es agria y dura. Se muerde en la parte más ancha, porque así no resbalan los dientes contra la cáscara. Al **hincar el diente** dentro de una guayaba verde, oirás la cáscara, pulpa y

semillitas crujendo dentro de tu cerebro, y chorritos agrios estallarán en tu boca.

Descoyuntarás tu faz en **muecas**, lagrimearán tus ojos, tus mejillas desaparecerán, a la vez que tus labios se fruncirán en una O. Pero te comes otra, y luego otra más, deleitándote en el sonido crujiente, el sabor ácido, la sensación arenosa del centro **agraz**. Esa noche, Mami te hace tomar aceite de castor, el cual ella dice que sabe mejor que una guayaba verde. Entonces sabes de seguro que tú eres niña, y que ella ya dejó de serlo.

Comí mi última guayaba el día que nos fuimos de Puerto Rico. Era una guayaba grande, jugosa, la pulpa casi roja, de olor tan intenso que no me la quería comer por no perder el aroma que quizás jamás volvería a capturar. Camino al aeropuerto, raspaba la cáscara de la guayaba con los dientes, masticando pedacitos, enrollando en mi lengua los granitos dulces y aromáticos.



Hoy me encuentro parada al frente de una torre de guayabas verdes, cada una perfectamente redonda y dura, cada una \$1.59. La que tengo en la mano me **seduce**. Huele a las tardes luminosas de mi niñez, a los largos días de verano antes de que empezaran las clases, a niñas mano en mano cantando “ambos y dos matarile rile rile”. Pero es otoño en Nueva York, y hace tiempo dejé de ser niña.

Devuelvo la guayaba al abrazo de sus hermanas bajo las **penetrantes** luces fluorescentes del mostrador decorado con frutas exóticas. Empujo mi carrito en la dirección opuesta, hacia las manzanas y peras de mi vida adulta, su previsible madurez olvidable y agridulce.

# Mi mundo adorado

Sonia Sotomayor



## Prólogo

No acababa de despertarme y mi madre ya estaba gritando. Sabía que Papi empezaría a gritar en cualquier momento. Eso ya era **rutina**, pero el tema de esta pelea era nuevo y grabó para siempre esa mañana en mi memoria.

—Tienes que aprender a ponérsela, Juli. ¡Yo no les voy a durar toda la vida!

—Me da miedo lastimarla. Me tiemblan las manos— Era verdad. Cuando mi padre intentó por primera vez inyectarme la insulina el día anterior, le temblaban tanto las manos que pensé que fallaría y en vez de inyectarme en el brazo me clavaría la aguja en la misma cara. Tuvo que pincharme duro para afinar la puntería.

—¿Quién tiene la culpa de que te tiemblen las manos?

—¡Ay no, ya empezamos!

—¡Tú eres la enfermera, Celina! Tú eres quien sabe hacer estas cosas.

En realidad, cuando me inyectó la primera mañana después de regresar del hospital, Mami estaba tan nerviosa que me pinchó todavía más fuerte y me dolió aún más que cuando lo hizo Papi al día siguiente.

—Tienes razón, yo soy la enfermera. Tengo que trabajar y ayudar a mantener a esta familia. ¡Tengo que hacerlo todo! Pero no puedo estar aquí todo el tiempo, Juli, y ella va a necesitar las inyecciones por el resto de su vida. Así que más vale que aprendas a hacerlo.

Las agujas dolían, pero la gritería era peor. Me sentía cansada, cargando el peso de la tristeza de mis padres. Era más que suficiente escucharlos pelear por la leche, las tareas del hogar, el dinero o la bebida. No quería que también pelearan por mí.

—¡Te lo juro, Juli, vas a matar a esa niña si no aprendes a hacerlo!

Como siempre, Mami se fue **tirando** la puerta y alzando aún más la voz para así poder continuar la discusión.

Si mis padres no podían levantar la jeringuilla sin entrar en pánico, se **vislumbraba** una amenaza aún peor: mi abuela jamás podría hacerlo. Entonces, no podría quedarme a dormir en su apartamento, mi único escape semanal de la penumbra de mi casa. De modo que si iba a necesitar inyecciones todos los días por el resto de mi vida, la única forma de sobrevivir era haciéndolo yo.

Sabía que el primer paso era esterilizar la aguja y la jeringuilla. No tenía ni ocho años, llegaba a duras penas a ver el borde de la estufa y no estaba segura de cómo hacer las **maniobras** necesarias con el fósforo y el gas para encender la hornilla. Así que desde la mesa arrastré una silla hasta la estufa —la cocina era pequeña— y me **trepé** para averiguar cómo hacerlo. Ahí estaban las dos **cacerolas** para el café con leche de Mami, enfriándose mientras ellos discutían, el café manchando el pañito en la cacerola, la **nata** formando una piel arrugada sobre la leche en la otra cacerola.

—¡Sonia! ¿Qué estás haciendo? ¡Vas a quemar el edificio, nena!.

—Me voy a poner la inyección, Mami.

Por un momento se quedó callada.

—¿Sabes cómo hacerlo?— Me miró desapasionadamente y con seriedad.

—Creo que sí. En el hospital me enseñaron a practicar con una china.

Mi madre me enseñó cómo sostener el fósforo mientras giraba la perilla para avivar la llama en un círculo azul. Llenamos juntas la

cacerola de agua, suficiente para cubrir la jeringuilla y la aguja, y un poco más por si acaso se evaporaba. Me indicó que esperara hasta que viera las burbujas y entonces contara cinco minutos por reloj, lo cual había aprendido a hacer el año anterior, en primer grado. Después de hervir el agua, todavía había que esperar a que la jeringuilla se enfriara. Vigilé la olla y el paso lento, invisible, de las manecillas del reloj hasta que una cadena de diminutas y delicadas burbujas subió de la jeringuilla y la aguja. Mientras esperaba que pasara el tiempo, mi mente pensaba en cientos de otras cosas.

Vigilar que el agua hierva pone a prueba la paciencia de cualquier niño, pero yo era tan inquieta física y mentalmente que me gané el apodo de “ají” por aventurarme a las travesuras (tanto por curiosa como por revoltosa). Pero creyendo que mi vida ahora dependía de ese ritual matutino, en poco tiempo aprendí cómo manejar el tiempo eficientemente: vestirme, cepillarme los dientes y estar lista para la escuela mientras el agua hervía o se enfriaba. Probablemente vivir con diabetes me enseñó más autodisciplina que las mismas Hermanitas de la Caridad.

Todo empezó cuando me desmayé en la iglesia. Nos habíamos puesto de pie para cantar y sentí que me **asfixiaba**. Las voces se oían lejanas. La luz que entraba a través de los vitrales se **tornó** amarilla. Entonces, todo se puso amarillo y luego se oscureció.

Cuando abrí los ojos, solo alcancé a ver invertidas las caras pálidas de preocupación de la principal, sor Marita Joseph, y sor Elizabeth Regina, dentro de sus **tocas** negras. Yo estaba tirada sobre el piso enlosado de la sacristía, temblando de frío por el agua que me habían salpicado en mi cara. Y asustada. Así que llamaron a mi madre.

Aunque iba a misa todos los domingos, lo cual era obligatorio para los estudiantes de la escuela primaria de Blessed Sacrament School,



mis padres nunca lo hacían. Cuando mi madre llegó, las hermanas armaron un gran escándalo. ¿Había ocurrido esto antes? Pensándolo bien, me había caído de la chorrera; la caída había sido antecedida por una repentina sensación de mareo al pasar por encima del tope de la escalera, seguida por la visión del piso acercándose precipitadamente hacia mí y un largo momento de pánico.

—Tiene que llevarla al médico— insistieron las monjas.

El doctor Fisher ya tenía fama de héroe en la familia. Había atendido a todos nuestros parientes en algún momento. Cuando visitaba nuestros hogares aliviaba tanto los **pánicos** y temores como los **achaques** y dolores. Inmigrante alemán, era un médico de pueblo **chapado a la antigua** que de casualidad ejercía en el Bronx. El doctor Fisher hizo muchas preguntas. Mami le dijo que yo estaba bajando de peso y que siempre tenía sed, y que había empezado a orinarme en la cama, lo que me **mortificaba** de tal manera que hacía todo lo posible por no quedarme dormida.

El doctor Fisher nos envió al laboratorio del Hospital Prospect, donde trabajaba mi mamá. No le di importancia porque el señor Rivera del laboratorio era mi amigo. Pensaba que podía confiar en él, a



diferencia de la señora Gibbs, la supervisora de mi madre, quien trató de esconder la aguja detrás de su espalda cuando me operaron de las amígdalas. Pero cuando él amarró una banda elástica alrededor de mi brazo, me di cuenta de que no era una inyección común. La jeringuilla parecía tan grande como mi brazo y cuando se acercó vi que la aguja estaba cortada en ángulo y el agujero en su extremo parecía una boquita abierta.

Cuando se acercó, finalmente grité: “¡No!” Tumbé la silla y salí corriendo por el pasillo, escapando por la puerta del frente. Parecía que medio hospital estaba corriendo detrás de mí gritando “¡deténganla!”, pero yo no miré hacia atrás ni para coger impulso y me tiré debajo de un auto estacionado en la calle.

Podía ver los zapatos. Alguien se agachó y metió la cabeza entre las sombras del chasis. Ahora había zapatos por todos lados y manos tratando de alcanzarme debajo del auto. Pero yo me encogí como una tortuga, hasta que alguien pudo agarrarme por el pie. Estaba gritando tan fuerte que cuando me arrastraron hasta el laboratorio y me inyectaron la aguja, ya no podía gritar más alto.



Cuando regresamos a ver al doctor Fisher después de sacarme la sangre, fue la primera vez que vi llorar a mi madre. Yo estaba afuera en la sala de espera, pero la puerta de la oficina estaba **entreabierta**. Pude oír que le temblaba la voz y ver que sus hombros se **estremecían**. La enfermera cerró la puerta cuando se dio cuenta de que estaba mirando, pero ya había visto lo suficiente como para entender que estaba ocurriendo algo grave. Entonces, el doctor Fisher abrió la puerta y me mandó pasar. Me explicó que había azúcar en mi sangre, que la enfermedad se llamaba diabetes y que tenía que cambiar mi manera de comer. Me aseguró que dejaría de orinarme en la cama cuando todo estuviera bajo control —esa era la manera en que mi cuerpo se deshacía del exceso de azúcar en la sangre—. Incluso me dijo que él también tenía diabetes, aunque más tarde supe que él tenía la diabetes más común, el tipo 2, mientras que yo tenía la menos común, diabetes juvenil, el tipo 1, en la que el páncreas deja de producir insulina, por lo cual es necesario inyectarse insulina todos los días.

Entonces sacó una botella de refresco del gabinete detrás de él y la destapó.

—Pruébala. Es No-Cal, no tiene calorías. Igual que el refresco, pero sin azúcar.

Tomé un sorbo.

—*I don't think so*— Pobre doctor Fisher. Mi madre insistía en ser educada, hasta el punto de suavizar una opinión firme, una lección que nunca olvidé. Tener licencia para poder **discrepar** abiertamente con los demás es uno de los placeres que ofrece el hecho de ser abogada litigante.

—Pero viene en muchos sabores, hasta de chocolate.

Pensé que la situación no tenía sentido. Él está diciendo que no es gran cosa. No comas postre y cambia de refresco. ¿Por qué mi mamá está tan afectada?

De la oficina del doctor Fisher nos fuimos directo a casa de mi abuela. Aunque era por la tarde, Abuelita me metió en su cama y dormí una larga siesta. Cerró las cortinas y me quedé acostada a media luz escuchando cómo la puerta principal seguía abriéndose y la sala se llenaba de voces. Oía a las hermanas de mi padre, Titi Carmen y Titi Gloria. También estaban mi primo Charlie y mi abuelastro Gallego. Abuelita sonaba muy alterada. Hablaba de mi madre como si no estuviera allá y yo no oía la voz de Mami, así que era claro que se había ido.

—Eso **corre en las familias**, como una maldición.

—De seguro que esta maldición es por parte de Celina, de parte nuestra no es.

**Especulaban** si mi abuela materna había muerto de esta terrible enfermedad y decían que existía una hierba especial que podía curarla. Abuelita era una experta usando las hierbas como cura. Al menor resfriado o dolor de estómago preparaba infusiones repugnantes que me dejaron por toda la vida con una **aversión** a todo tipo de té. Ahora confabulaba con mis tías para contarle a su hermano en Puerto Rico su plan. Abuelita le diría dónde encontrar la yerba o mata que tendría que recoger al amanecer, antes de tomar un vuelo de San Juan a Nueva York ese mismo día, para que ella pudiera prepararla al punto máximo de potencia. El hermano de mi abuela cumplió su misión, pero lamentablemente el remedio de Abuelita no fue eficaz y el fracaso de su arte en un caso que la tocaba tan de cerca la **perturbó** profundamente.

La **ansiedad** de Abuelita esa tarde era **palpable** y la conversación acerca de la muerte de mi abuela materna me hizo darme cuenta de lo

grave que era la situación. Por primera vez entendía por qué mi madre lloraba y me estremecí. Y me estremecí aún más cuando supe que tenían que hospitalizarme para estabilizar mis niveles de azúcar en la sangre, lo cual no sabía, pero era rutinario en esa época.

...

En 1962, cuando fui diagnosticada, el tratamiento para la diabetes juvenil era primitivo comparado con el tratamiento que existe hoy en día, y la expectativa de vida era mucho menor. Sin embargo, el doctor Fisher se las arregló para encontrar el mejor cuidado y atención en la ciudad de Nueva York y, probablemente, en todo el país. Descubrió que la Escuela de Medicina Albert Einstein, líder en la investigación de la diabetes juvenil, tenía una clínica en el Centro Médico Jacobi, un hospital público, que afortunadamente estaba ubicado en el Bronx. La **inmensidad** del Centro Médico Jacobi era impresionante. En comparación, el Hospital Prospect parecía una casa de muñecas.

Todas las mañanas, a partir de las ocho, me sacaban sangre varias veces para analizarla. Cada hora, usaban la aguja gruesa, precedida por la banda elástica alrededor de mi brazo, y cada media hora me pinchaban un dedo con una lanceta para sacar una muestra más pequeña. Así continuaban hasta el mediodía y al día siguiente repetían todo otra vez. Transcurrieron toda una semana y parte de la siguiente. No grité ni me escapé, pero nunca he olvidado el dolor.

Hicieron otras cosas que, aunque menos dolorosas, parecían extrañas. Conectaron **electrodos** en mi cabeza. Me llevaron a un salón de clases en el hospital, donde me sentaron al frente de médicos jóvenes que me miraban intensamente mientras un médico de mayor edad daba una conferencia sobre la diabetes, sobre las pruebas que me habían hecho y las que todavía estaban por hacerme. Él recitaba términos como cetonas, acidosis, hipo-esto, hiper-aquello y mucho

más que yo no entendía, mientras yo me sentía **aterrada** como un conejillo de Indias.

Pero más que los procedimientos clínicos, fue mi ausencia escolar por tanto tiempo lo que me **alarmó**. Sabía que tenía que estar muy enferma para que mi madre lo permitiera. Ella insistía que la escuela era tan importante como el trabajo, y ella nunca faltó al trabajo. Igual de preocupante, durante mi estadía en el hospital, mi madre me traía un regalo casi todos los días: un libro de pintar, crucigramas y hasta un libro de cómics, lo que significaba que estaba haciendo un esfuerzo por **complacerme**, en lugar de darme lo que ella pensaba que yo necesitaba.

Mi último día en el hospital comenzó nuevamente a las ocho de la mañana con la aguja grande y las lancetas. Me dolía el brazo y los dedos me ardían. Soporté las primeras dos horas, pero justo cuando estaban acomodando los instrumentos para la tortura de las diez en punto, exploté. Después de todos esos días de ser valiente y aguantar, empecé a llorar. Y después de empezar, ya no podía parar. Mi madre debió haberme oído porque entró corriendo y yo **volé** llorando a sus brazos. “¡Suficiente!” dijo, furiosa como nunca la había visto. Más furiosa que cuando peleaba con mi padre. “Déjenla ya. Se acabó”. Lo dijo de una manera que nadie —ni el técnico de laboratorio de pie con la jeringuilla en su mano ni ningún médico del Centro Médico Jacobi— iba a discutirle.

—¿Sabes cuánto poner en la aguja, Sonia?

—Hasta esta línea.

—Así es. Pero hazlo con cuidado. No puedes poner de menos y no puedes poner de más. Y tienes que tener cuidado de no dejar entrar burbujas en la aguja, Sonia. Eso es peligroso.

—Sé cómo hacer esta parte. Pero no es correcto decir que yo la estoy poniendo, Mami. Yo estoy recibiendo la inyección.

—Lo que tú digas, Sonia.

—Estoy haciendo ambas cosas.

Y así fue. Aguanté la respiración y me puse la inyección.

## Cuatro

—Esta es mi madre, Sonia, tu bisabuela— dijo Abuelita—. Dale un beso— La mejilla que era mi objetivo estaba arrugada y translúcida, tan frágil que me daba miedo lastimarla con mis labios. Sus ojos estaban en blanco. Cuando me incliné a besarla, parecía que se alejaba, pero era el sillón que **cedía** con mi peso. No hubo ni chispa de curiosidad o conciencia. No sé qué me perturbó más, si esa ausencia que no me daba ningún indicio de cómo relacionarme con ella o la sombra de los rasgos de Abuelita que veía inanimados en el rostro de su madre.

Bisabuela Ciriata tenía noventa y tantos años, pero para mí se veía como de doscientos. Su mecedora de madera tallada y mimbre se balanceaba entre este mundo y otro más allá de la imaginación, despidiendo olor a talco y té medicinal, auras de santos bordeados de encaje cuyos ojos miraban a un cielo cuya cercanía resultaba incómoda.

Estábamos en una zona de San Juan llamada Santurce. Abuelita conversaba con sus hermanas y hermanos mientras yo jugaba en el balcón o en jardines medio escondidos. Eran como diez en total, ella decía (Diezilita, Piatrina, Angelina, Eloy...), pero yo había perdido la cuenta y ya no sabía si eran hermanos, hermanas, primos, tíos o

tías. Estábamos en la ciudad, pero parecía a punto de disolverse en la naturaleza. Las enredaderas trepaban como serpientes por las rejas y los balaustres. Los pollos escarbaban bajo los arbustos de amapolas y la flor de canario amarillo brillante. **Contemplaba** cómo la lluvia del atardecer caía formando una cortina alrededor del balcón, creando charcos de barro abajo en la calle, golpeando los techos acanalados y las paredes de madera hasta que Abuelita me llamó adentro para disfrutar de una merienda, quizás un tembleque (un postre gelatinoso de leche de coco y leche condensada) o frutas que nunca había visto en Nueva York (guayabas con perfume penetrante; quenepas con semillas tan grandes como uvas y una fina capa de pulpa ligera como una pluma, que fruncía la boca al chuparla; mangós que se deshacían de dulzura como nunca he probado en casa). De noche, dormía con Abuelita en una habitación **repleta** de hermanas y primas, y los mosquiteros transformaban nuestra cama en un acogedor escondite entre nubes de chifón. El ruido del tránsito cedía el paso al rítmico triquitraque del ventilador de techo, y los coquíes —esas ranitas musicales que son el símbolo de la isla— cantaban en las sombras hasta que me quedaba dormida.

En mis primeros viajes a Puerto Rico, cuando era pequeña — incluso el primero, cuando apenas empezaba a **andar**— éramos solo Abuelita y yo. Mi madre estaba decidida a no regresar jamás a la isla, pero luego cambió de idea. Algunas de las mejores vacaciones de verano que recuerdo son los viajes a Mayagüez con mi madre y Junior para visitar a su familia.

Viajar con Mami a Puerto Rico era como estar al lado de Rip van Winkle el día en que despertó. Siempre tenía una expresión de constante asombro: todo la sorprendía por la manera en que había cambiado, salvo las cosas que la sorprendían justamente porque era como las recordaba.

Apenas salíamos del aeropuerto, nos parábamos en los puestos de comida a lo largo de la carretera, uniéndonos al **mar de gente** que regresaba y no podía dejar pasar un minuto más sin probar los primeros sabores del hogar. Los cocos eran grandes y verdes, no como los peludos y reseco de color marrón en las cajas de las aceras del Bronx. Los agitábamos y **auscultábamos** hasta encontrar uno con mucha agua gorgoteando adentro. El vendedor cortaba la parte de arriba con un solo golpe de su largo machete y le colocaba un sorbeto en el agujero. Bebíamos a sorbos el **néctar** dulzón y veíamos pasar los carros por la carretera mientras yo escuchaba a mi primo Papo y a Titi Aurora, la hermana mayor de mi madre, poner al día a mi madre sobre todas las noticias que necesitaba saber antes de ver al resto de la familia: quién se había casado con quién, quién había tenido un bebé con quién, quién estaba enfermo... Aunque Titi Aurora vivía en Nueva York, iba mucho a Puerto Rico a visitar amistades y resolver problemas familiares. Antes de que ella terminara de dar su informe, yo le llevaba el coco vacío al vendedor del machete para que lo cortara a la mitad y usaba el pedacito que había cortado antes de la parte de arriba como cuchara para saborear la pulpa, que para mí era la mejor parte.

Otro día, mi madre paró a un perfecto extraño con su vaca en un campo al lado de la carretera y le pidió un vaso de leche. Él la miró como diciendo: “americana loca”. En esa época ya en Puerto Rico la gente tomaba leche pasteurizada, no directamente de la vaca. Pero los recuerdos de las viejas costumbres deben haberla abrumado. Me ofreció el jarrito de hojalata, pero yo no lo toqué. Solo la contemplé mientras tomaba la leche, su rostro iluminado por una expresión de éxtasis celestial.



En Mayagüez, generalmente nos quedábamos en casa de Titi María. Ella fue la primera esposa de Tío Mayo, el hermano mayor de mi madre. Titi María ayudó a cuidar a mi madre cuando esta era pequeña y su vínculo familiar duró más que el matrimonio. Mi madre también se llevaba bien con las familias posteriores de Tío Mayo —ella tiene el talento de no tomar partido, algo muy útil en una complicada familia extendida—. Es un atributo que he adoptado, tratando de no perder el contacto con primos y primos segundos cuyos padres se han separado o divorciado. Charlamos con todos. Había parientes de los que ni siquiera había oído hablar antes; mi madre estaba decidida a presentarnos a Junior y a mí a cada uno de ellos mientras tomaban café. Al principio, la gente se reía porque nuestro español era torpe y limitado, pero después de unos cuantos días, me decían que había mejorado y la gente me felicitaba por ello. Junior habría mejorado también si hubiera abierto la boca para decir algo de vez en cuando. Me tomó años comprender lo difícil que debe haber sido para él estar siempre acompañado de dos mujeres conversadoras y de voluntad **férrea**.

En la casa de Titi María, mi primo Pepo siempre preparaba una **bienvenida** especial. Debajo del fregadero me esperaban dos bolsas llenas de mangós que él recogía debajo de los árboles en el monte antes de nuestra llegada. Me pasaba el día comiéndolos, a pesar de las continuas advertencias de que me enfermaría. Ahora que lo pienso, sospecho que yo estaba recibiendo una dosis de insulina mayor de la necesaria —algo que no era raro entre los diabéticos juveniles en esa época—, lo que hacía que pudiera manejar bien el azúcar adicional. De todos modos, yo odiaba la sensación de **letargo** que me daba el tener alto el nivel de azúcar en la sangre y no necesitaba que lo recordaran. Tendría que comer menos de otra cosa, pero saciaba mi antojo de comer mangós.



A la hora del almuerzo, toda la familia venía del trabajo y Titi María preparaba una gran comida para todos sus hijos —mis primos adultos y algunos de los hijos de los demás también. Aun los que vivían en otros lugares venían a menudo para saborear esa comida. Después de almorzar nos recogíamos para una siesta. Yo leía —no era fácil quedarme dormida— pero adoraba esos momentos cuando todos estaban reunidos en el hogar y conectados en silencio.

Papo tenía un empleo diseñando vitrinas para varias tiendas grandes de la isla. Él aseguraba ser la primera persona que hacía este trabajo como diseñador profesional en Puerto Rico y viajaba a menudo a Nueva York para recopilar ideas. Charo era maestra de secundaria. Minita era secretaria ejecutiva sénior en el periódico *El Mundo*. Evita trabajaba en una oficina del gobierno. Para mí estaba claro aún entonces que la gente que conocía en la isla tenía mejores empleos que los puertorriqueños que conocía en Nueva York. Cuando caminaba por las calles de Mayagüez, me llenaba de emoción y orgullo leer los letreros encima de las puertas de los médicos, abogados y otros profesionales que eran puertorriqueños. Era algo que no se veía con frecuencia en Nueva York. En el hospital donde trabajaba mi madre, había enfermeras puertorriqueñas, pero solamente uno de los médicos era puertorriqueño. En las tiendas y negocios grandes del Bronx había trabajadores puertorriqueños, pero muy pocos gerentes o dueños.

La panadería del Tío Mayo era mi lugar favorito. La llamaban panadería, pero era mucho más una repostería. Tío Mayo comenzaba a hornear los panecillos y las **hogazas** de pan cuando todavía estaba oscuro afuera, y se conservaban calientes en una vitrina especial con una lámpara de calor. Había vitrinas llenas de bizcochos y pastelitos rellenos de crema, queso hecho en casa y mermelada de guayaba. La entonces esposa de mi tío, Titi Elisa, también se levantaba temprano para preparar almuerzos y meriendas a los trabajadores que cosían

en la fábrica al cruzar la calle. Ella freía pollo, asaba cerdo, preparaba guisos, empanadas de carne y calderos de arroz y ollas de habichuelas. Los olores de sus **guisos** mezclados con el aroma de levadura del pan, y el café, y toda la increíble nube de sabores se extendía por toda la calle y subía por los balcones.

Cuando al mediodía sonaba el silbato de la fábrica, en pocos minutos se llenaba la panadería. Yo ayudaba a servir. Me encantaba el **reto** de la hora más ajetreada del almuerzo. Sabía el precio de todos los artículos y sabía cómo dar el cambio —estaba descubriendo que tenía habilidad para los números, algo que heredé de Papi— y Titi Elisa me dejaba operar la caja registradora cuando mi tío no estaba cerca. Aunque él me había visto en acción, no podía creerlo. No se sentía cómodo con la idea de una niña manejando dinero.

Cuando no estaba ocupada ayudando en el negocio, salía a jugar con mi primo Tito en el callejón detrás de la panadería, recreando escenas de Los Tres Chiflados. Tito era Moe y yo era Curly. Generalmente convencíamos a Junior o a alguien más de ser Larry, pero solo Tito y yo conocíamos todos los movimientos y los efectos de sonido correctos: un tañido para fingir que nos sacábamos un ojo, un crujido para torceduras de oreja y el “¡Ñie! ¡Ñie! ¡Ñie!” que servía para todo.

Antes de irse de Puerto Rico, mi madre vivió en Lajas y en San Germán, y había visto muy poco de la isla aparte de los vecindarios de su niñez. Estaba ansiosa por mostrarnos lugares de los que había oído hablar pero nunca había visitado. Fuimos a la playa de Luquillo. No se parecía en nada a la playa Orchard del Bronx, que era la única playa que yo conocía. No había tapones en Puerto Rico, no había que viajar como sardinas en lata varias horas en un carro caliente para llegar allí, no había arena sucia, no había que hacer fila para ir al baño. El progreso ha cambiado la isla desde mi infancia y ahora hay tapones, pero el agua todavía es tibia y transparente y la arena es de un blanco

perfecto. Cuando miras dentro del agua, puedes ver el fondo, y el azul del mar se extiende hasta encontrarse con el azul del cielo.

El parque de Bombas de Ponce me **fascinó**, una fantasía de franjas rojas y negras que sigues viendo aún después de cerrar los ojos. El camión de incendios parecía un gigantesco juguete con su campana *ding-dong*, yo no podía imaginarlo en acción. ¿Cómo apagaron alguna vez un incendio de verdad?

—Mi'ja— dijo Mami—, esas casitas de madera se quemaron de todas maneras. Pero hicieron lo mejor que pudieron —Ella decía eso sobre muchas cosas: hicieron lo mejor que pudieron.

De todos los lugares de interés, el Museo de Arte de Ponce dejó la impresión más profunda. Nunca antes había visitado un museo. El edificio es precioso y me pareció en ese momento tan **majestuoso** como un castillo, con esa escalera que lo abraza con sus dos alas formando un círculo. Era tan majestuoso que tuve que recorrer escaleras arriba y abajo para saber lo que se sentía. Y me sentí horrible cuando el guardia me gritó. Así que caminé despacio y miré las pinturas una a una.

Descubrí que los retratos eran cuadros para los que antiguamente alguien **posaba** de pie o sentado, vistiendo ropas **extravagantes** y mirando fijamente con mucha seriedad. Me preguntaba quiénes serían. ¿Por qué un artista escogería a *esas personas* para sus pinturas? ¿Cuánto trabajo costaría pintarlas? ¿Cuánto tiempo tendrían que estar ahí sin moverse? Otros cuadros eran como cuentos, aunque no conocía cuál era la historia. ¿Por qué ella le cortó la cabeza a él? Me daba cuenta de que esa paloma no era una paloma común y corriente que solo pasaba por allí. Sabía que tenía un significado aun cuando no conocía cuál era. Cuando me cansé de no entender los cuentos, noté otras cosas. A veces se veían las pinceladas y el espesor de la pintura; otras veces era suave,

sin textura. A veces los objetos en la distancia eran más pequeños y se sentía que podías alcanzarlos; otras veces era plano como un mapa. Me preguntaba: ¿Se supone que me fije en estas cosas? Me daba cuenta de que había mucho más de lo que podía describir o entender.

¿Es extraño que un niño tenga conciencia de los mecanismos de su mente? Recuerdo con claridad muchos de esos momentos, con frecuencia reconociendo algo que no sabía, una conciencia de una **brecha** en mis conocimientos. Durante años en la sala de Abuelita estuvo colgada una reproducción enmarcada de un cuadro que me **hipnotizaba**. Quién sabe cómo llegó allí, pero era una escena, supongo en **retrospección**, de la Revolución francesa, una amplia escalera iba desde una plaza pública a una mansión, con un balcón donde había un grupo de personas, incluyendo una mujer —¿María Antonieta?— con un vestido azul pálido y un imponente peinado. En la calle de abajo, muchas personas se acercaban, mal vestidas, pero mis ojos se dirigían a un anciano en los escalones inferiores, **andrajoso**, recostado con una sola pierna sobre un bastón, de espaldas al espectador. Yo no conocía la historia, el trasfondo político y social que inspiró la pintura, pero entendía que de alguna manera el artista pretendía enviar un mensaje al colocar a este hombre en el punto focal. Pasaba mucho tiempo preguntándome quién sería y tratando de imaginar su rostro. Pero eso era lo más lejos que podía llegar.

—Sonia, vamos a visitar a tu abuelo. Mi padre— Eso captó mi atención. Mi madre ni siquiera había mencionado su existencia antes. Cuando yo le pregunté, ella respondió con una voz que sonaba como si estuviera leyendo en voz alta la letra pequeña de un paquete de medicina:

—No lo conozco. Él se fue cuando yo nací. No lo he visto desde entonces. Pero Tío Mayo y Titi Aurora quieren que vaya con ellos al hospital a verlo y dicen que tú también debes venir—el abuelo

desconocido no era todo el misterio. Generalmente, yo sabía lo que Mami estaba pensando por el brillo de su voz, la velocidad de su sonrisa, aunque no era frecuente en esa época, el arco delator de sus cejas. Esa mujer hablando con esa llana **indiferencia** no era la madre que yo conocía.

Tío Mayo nos llevó hasta la cama en el extremo de la habitación, al lado de la ventana. Mientras caminábamos a lo largo de la sala, casi no vi a los pacientes en las demás camas, porque toda mi atención estaba enfocada en mi madre y nuestro amenazante destino. Nada se me iba a escapar, aunque no tenía idea de qué esperar, ni siquiera de lo que debería estar preguntándome. ¿Lo saludaría con un beso? ¿Cómo tratas a un padre que no conoces?



Él tenía los ojos claros de Mami. Enmarcados por el blanco del cabello, el bigote y las sábanas, su color verde mar se veía más claro, más azul, más fascinante. Era guapo, pero jalado. Sus brazos como **palillos** asomándose por las mangas de la bata de hospital. Miles de preguntas se agolpaban en mi mente, pero no me atreví a decir ninguna en voz alta: *¿Por qué abandonaste a Mami? ¿Quién eres? ¿Estás casado? ¿Tienes otros hijos? ¿Dónde has estado viviendo?*

Me subí a la silla a observar. Mi madre se acercó a la cama y se paró a mirar al anciano. Con voz fría como el hielo dijo:

—Yo soy Celina— eso fue todo. Él no dijo nada. No preguntó cómo había sido su vida, cómo era entonces. No hubo lágrimas ni revelaciones.

Titi Aurora me llevó de la mano hasta la cama y me presentó. Él solo asintió con la cabeza. Yo me retiré, volví a subirme a la silla y observé cómo Titi Aurora **chachareaba** y acomodaba sus almohadas. Tío Mayo iba y venía, hablaba con las enfermeras, se encargaba de los asuntos. Pero en medio de esta nada, comprendí algo: que mi madre habría sufrido tanto como puede sufrir un ser humano.

He guardado el recuerdo de ese día como una **solemne** precaución. Había un terrible sentido de permanencia en el estado al que habían llegado mi madre y su padre. Las heridas de mi madre nunca cicatrizarían, la tensión entre ellos nunca cedería porque nunca encontrarían la manera de reconocerla. Sin aceptación y comunicación, el perdón era inalcanzable. Más tarde, yo reconocería la **prolongada** sombra de este abandono en mis sentimientos hacia mi madre y decidiría no repetir lo que había visto. La cercanía que comparto ahora con mi madre es profunda, pero la aprendimos con lentitud y esfuerzo, y por miedo a la alternativa.

# Tesoros de mi isla

Alma Flor Ada





# Saludo

Nací en Cuba, la mayor de las islas del Caribe. Cuba es una isla larga y estrecha. Si uno mira el mapa de Cuba con un poquito de imaginación, la isla parece un gran caimán descansando en el agua. La parte occidental de Cuba está muy cerca de la Florida, mientras que la parte oriental está muy cerca de la República Dominicana y Haití. En clima y belleza natural, Cuba se parece mucho a Puerto Rico. De hecho, los cubanos y los puertorriqueños comparten una historia común, que es la razón por la cual una poetisa puertorriqueña dijo que “Cuba y Puerto Rico son, de un pájaro, las dos alas”.

Cuba tiene cadenas de montañas cubiertas de bosque tropical en los dos extremos de la isla y en el centro. Entre estas cadenas de montañas se extienden tierras llanas y fértiles. Yo nací en las llanuras orientales de la isla, en la región ganadera, en las afueras de Camagüey, una ciudad de casas de ladrillos con techos de tejas y **macizas** iglesias de piedra, que en el pasado habían servido no solo como templos sino también como refugio contra los piratas. Las altas torres habían permitido a los **vigías** avistar a los bucaneros, que hacían frecuentes incursiones para apoderarse del ganado.

Nací en una vieja casona, la Quinta Simoni. Mi abuela, Dolores Salvador Méndez, la había heredado de mi bisabuelo, Francisco Salvador Arias. La más joven de mis tías, Lolita, nació en esa casa. Una generación más tarde, nací yo allí también, y allí nacieron mi hermana Flor y dos de mis primas, Nancy y Mireyita. Todas sentíamos que era muy especial haber nacido allí, en la **casona**, no en un hospital.

Aunque la casa era grande, no éramos ricos. Crecí, sin embargo, rodeada por la riqueza que representa una familia unida. Por algún tiempo, abuelos, tíos y primos vivimos todos bajo el mismo techo. Sin embargo, durante los primeros siete años de mi infancia, fui la

única niña en aquella casona, aunque mis dos primos mayores, Jorge y Virginita, venían ocasionalmente de visita y en una ocasión tuve la alegría de que vivieran allí también por un tiempo.

La Quinta Simoni tenía mucha historia. Fue construida como hacienda colonial por una familia italiana, los Simoni. En la hacienda se sembraba, se criaba ganado, se curtían las pieles y se hacían ladrillos, tejas y **cacharros** de la roja arcilla que había junto al río. Por supuesto, todo este trabajo lo hacían las personas que los Simoni mantenían como esclavos.

Mucho más tarde, durante mi infancia, la casa se había envejecido. Los jardines estaban descuidados y la fuente del centro de uno de los patios quedó cegada con tierra en la que crecían helechos. En la parte posterior de la casa todavía existía la “cuartería”, los cuartos de los antiguos esclavos. A una casita de ladrillos alejada de la casa la llamaban “el calabozo”. Era una prueba de las cosas **horribles** que los seres humanos pueden hacer unos contra otros. Allí habían mantenido a veces a los esclavos encadenados a los **grillos** que todavía estaban en las paredes.

En la época en que Cuba era una colonia de España, una de las dos hijas de la familia Simoni, Amalia, se casó con Ignacio Agramonte, un joven patriota cubano que luchó por la libertad y la independencia de todos los que vivían en Cuba.

Uno de los primeros actos de los patriotas cubanos, al iniciar la Guerra de los Diez Años, en 1868, la primera guerra por la independencia de Cuba, fue declarar la libertad de los esclavos.

Nuestra familia se sentía orgullosa de que nuestra casa estuviera relacionada con la lucha por la libertad. Para mí, el pasado estaba lleno de preguntas sin respuestas. ¿Cómo puede alguien pensar que es posible ser dueño de otra persona o controlar su vida? ¿Y por qué

vivíamos tan orgullosos de la libertad y la independencia cuando había niños descalzos y hambrientos por las calles?

A pesar de estas preguntas, preguntas difíciles para una niña como yo, la vieja casona era para mí un mundo mágico. Mi abuela criaba gallinas, patos gansos y, porque le encantaban las cosas hermosas, tenía una bandada de pavos reales. Los pavos reales se **posaban** en las altas ventanas del comedor que se abrían al jardín. Anidaban sobre un gran arco blanco de mampostería, que se erigía, camino del río, como una réplica del gran Arco del Triunfo que había visto en los libros franceses de mi abuelo. En el cielo raso del portal anidaban murciélagos y, en la azotea, palomas. Mi madre recogía cuanto gato abandonado se encontraba y el jardín **bullía** con lagartijas, caracoles, ranas y sapos, grillos y saltamontes. Escondida en las ramas de un árbol cercano vivía una familia de **cernícalos**. Sin embargo, entre todos estos seres vivientes, mis mejores amigos eran los árboles.

Grandes, firmes, fuertes, me ofrecían su amistad en mil formas distintas. Las verdes copas me recibían, durante las horas de mayor calor, con su sombra deleitosa que me permitía quedarme al aire libre y a la vez estar protegida del sol tropical. Y no importaba si estaba triste o feliz, siempre me acogían.



Los **framboyanes** centenarios formaban una avenida que llevaba al arco blanco y al río. Nudosos por la edad, sus grandes raíces me ofrecían un nido en el que me **acurrucaba**, protegida y segura. Las raíces, curadas por el tiempo, eran gratas al tacto, y yo las acariciaba, como se acaricia una mano amiga.

El viejo río Tínima, que se arrastraba en curvas y meandros por los terrenos de la quinta, había formado una isla bastante grande detrás de la casa. Muchos años atrás, mi abuelo la había sembrado de frutales. Ahora, los árboles maduros ofrecían generosos su fruta, variadas sorpresas, más deliciosas que cualquier dulce salido de nuestra cocina. Agridulces marañones, como relucientes campanas, amarillo brillante o rojo intenso, cada uno con deliciosa semilla colgándole debajo; las semillas de marañón que a mis tíos Manolo y Lolita les encantaba asar en una hoguera junto al río; los tamarindos, dulces y agrios a la vez, con los que hacíamos un refresco delicioso; los caimitos, redondos como pelotas de béisbol, con lisa cáscara de un brillante morado y una pulpa delicada y blanca como la leche.

Y luego, docenas de cocoteros, cuyas pencas se movían con la brisa y cuyo fruto era el máspreciado. El agua de los cocos tiernos es fresca y dulce. A medida que los cocos maduran, el agua se va convirtiendo en una masa suave como gelatina. Nos encantaba cuando la masa se hacía más firme, pero quedaba todavía suave y dulce. Cuando se volvía dura y seca, la usábamos para hacer dulces. Y por último, lo más apreciado, por lo difícil de conseguir. Si un coco grande y sano se dejaba por varias semanas, quizá incluso por varios meses, con la temperatura apropiada, en un lugar húmedo y sombrío, era posible que **retoñara**. Y si retoñaba, y alguien sabía abrirlo en el momento preciso, podían encontrar que la masa firme y seca se había desprendido de la cáscara y se había concentrado en el centro del coco, una bola suave y porosa, la “manzana del coco”, deliciosamente dulce.

En una de las orillas de la isla formada por el río crecía un pequeño bosque de bambú, que en otras partes de Cuba llaman cañas bravas y, en Camagüey, pitos. Allí colgaba mi abuela su **hamaca** para descansar cada tarde, por un rato, entre sus dos trabajos, directora de una escuela primaria y de una escuela nocturna. El **susurro** del aire entre los pitos y los cocoteros creaba una **serena** y encantadora melodía. Aunque vivíamos tierra adentro, a un par de horas de la costa, hacía pensar en la brisa marina, con sus rumores de tierras distantes y lugares remotos.

Crecí rodeada de gente cariñosa y fascinada por toda la vida a mi alrededor, pero fue a los árboles a quienes les conté mis penas y mis alegrías y, sobre todo, mis sueños.

Los árboles, como la familia, crecían y sus ramas se multiplicaban. Algunos, como los framboyanes, eran fuertes y parecían eternos. Otros se cargaban de frutas y retoños. Cada uno a su manera parecía reflejar la vida que me rodeaba, la vida que recogen los relatos que aquí cuento.

Estos cuentos ocurrieron en distintas épocas. Algunos ocurrieron antes de que yo naciera y luego me los contaron. Otros ocurrieron mientras crecía. La mayoría tuvo lugar en la vieja Quinta Simoni, donde viví hasta que tenía ocho años. Otros son más bien estampas de la ciudad de Camagüey, adonde nos mudamos luego. Pero aun en la ciudad nunca estuve muy lejos, afortunadamente, de los árboles, meciéndose majestuosamente en las brisas tropicales o, como los framboyanes, estallando en encendidas flores rojas... y como mi familia y sus cuentos... floreciendo... floreciendo... floreciendo.

Al compartir estos relatos me parece estar viendo las esbeltas y majestuosas palmas, los cocoteros gráciles moviendo sus **pencas** en la brisa tropical y los framboyanes cubiertos de flores encendidas. Y deseo que la inspiración que continúo recibiendo de estos amigos de mi infancia, a su vez, llegue a los corazones de quienes lean estas páginas.

## El agrimensor

Mi padre, que se llamaba Modesto como mi abuelo, era **agrimensor**. Algunos de los más deliciosos momentos de mi niñez los pasé a caballo, en viajes en que él me dejó acompañarlo mientras trazaba los **linderos** de pequeñas fincas en el campo cubano. Algunas veces dormíamos bajo las estrellas, en hamacas colgadas de los troncos de los árboles, y bebíamos el agua fresca de los manantiales. Siempre nos deteníamos a recibir el saludo cariñoso en los humildes **bohíos** campesinos, y mis ojos se recreaban con el verdor del monte coronado por las susurrantes palmas reales.

Como muchos de los trabajos de agrimensura implicaban dividir la tierra que una familia había heredado tras la muerte de padres o parientes, la mayor preocupación de mi padre era que se hiciera justicia. No bastaba con dividir la tierra en porciones iguales. Tenía que asegurarse de que todas las parcelas tuvieran acceso a los caminos, a las fuentes de agua, al suelo más fértil. Algunas veces se trataba de medir grandes extensiones de tierra. En esos casos, mi padre trabajaba con un equipo y yo me quedaba en casa. Lo esperaba ansiosamente, aguardando escuchar el relato de su viaje.

Los límites de las familias latinoamericanas no se reducen al nacimiento o al matrimonio. Los buenos amigos que pasan tiempo con la familia y comparten sus experiencias se convierten en miembros de la familia. Esta historia, sobre uno de los trabajos de agrimensor de mi padre, no es sobre alguien relacionado por nacimiento o matrimonio a la familia, sino sobre un miembro de la familia extendida.

Félix Caballero, un agrimensor a quien mi padre siempre deseaba tener en su equipo, era distinto de los demás agrimensores. Era algo mayor, soltero y excesivamente callado. Venía de visita a nuestra casa a diario. Una vez que llegaba, se sentaba en uno de los cuatro balances

de la sala para escuchar las animadas conversaciones de los demás. Su única contribución a ellas era un asentimiento con la cabeza o, si acaso, un **monosílabo**. Mi madre y sus hermanas a menudo se reían de él, sin que él lo supiera. Aunque no lo decían, me daba la impresión de que se preguntaban por qué mi padre lo tenía en tan alta estima.

Un día, mi padre nos contó esta historia.

“Nos habíamos pasado todo el día caminando por terreno montañoso. Se acercaba la noche. Todavía nos faltaba un largo **trecho** para regresar adonde habíamos dejado los caballos, así que decidimos cruzar al otro lado de las montañas y muy pronto nos encontramos frente a un hondo **barranco**. Sobre el barranco había un puente de ferrocarril, largo y estrecho, construido para los trenes de caña. No tenía barandas ni lugar para caminar por él, solo las vías descansando sobre gruesos travesaños suspendidos en lo alto.

“Todos estábamos enojados por tener que descender por el barranco solo para volver a ascenderlo al otro lado, pero la solución sencilla de cruzar el puente parecía muy arriesgada. ¿Y si aparecía un tren de caña? ¡No habría adonde ir! Así que empezamos el largo descenso... todos, excepto Félix. Él decidió arriesgarse a cruzar el puente del ferrocarril. Tratamos de disuadirlo, pero no lo logramos. Usando un viejo método para averiguar si viene un tren, él puso el oído contra la vía para probar si se escuchaba alguna vibración. Como no oyó ninguna, decidió que no había ningún tren en las cercanías. Y comenzó a cruzar el largo puente, de traviesa en **traviesa**, entre los rieles, balanceando en el hombro las largas varas de agrimensor, rayadas de rojo y blanco.

“Ya iba por la mitad del puente cuando oímos el terrible sonido de una locomotora. Todos nuestros ojos se fijaron en Félix. Sin duda, él tenía que haberla oído también, porque se había detenido a la mitad del puente para volver la cabeza.

“Al aumentar el sonido, y pensando que no había ninguna otra solución, todos le gritamos: ‘¡Tírate! ¡Tírate!’, sin saber si nuestras voces llegarían hasta donde se encontraba tan alto. Félix miró al lecho del río que, debido a que era la estación seca, tenía muy poca agua. Tratamos de animarlo, con gestos y más gritos, pero él había dejado de mirar hacia abajo. No podíamos imaginarnos qué iba a hacer, agachado sobre los rieles, con la locomotora del tren ya en la cercanía. Y, entonces, comprendimos.

“Sabido que no podía tratar de agarrarse de las gruesas traviesas, Félix colocó sus delgadas pero resistentes varas de agrimensur sobre las traviesas, paralelas a los rieles. Luego dejó que su cuerpo se deslizara entre dos de las traviesas, sujeto de las varas. Y allí se quedó colgado, debajo del puente, suspendido sobre el **abismo**, pero a salvo del paso del tren.

“El tren de caña era, como ocurre con frecuencia, un tren muy largo. A nosotros nos pareció interminable. Uno de los agrimensores más jóvenes dijo que había contado doscientos veinte vagones. Iba anocheciendo y, con el humo y las sombras del tren, a menudo era difícil ver a nuestro amigo. No habíamos oído ningún sonido humano, ningún grito, pero ¿qué podíamos oír con todo el ruido del tren que cruzaba sobre nuestras cabezas?

“Cuando el último vagón empezó a hacer una curva alrededor de la montaña, logramos distinguir la figura solitaria de Félix todavía colgando bajo el puente. Todos observamos ansiosamente a medida que se **incorporaba** y al fin empezaba a caminar, lenta y calmadamente, por las traviesas hasta el otro lado del abismo”.

Después de que oí este cuento, Félix Caballero me pareció otro. Todavía era tan callado como siempre, inspirando sonrisas en mi madre y sus hermanas mientras se mecía silenciosamente en el balance. Pero en mi imaginación lo veía cruzando aquella garganta





peligrosa, deteniéndose a pensar en qué hacer para salvar la vida, saliendo todo cubierto de **hollín** y humo, pero triunfalmente vivo, un hombre solitario, colgando de un puente de ferrocarril al anochecer, suspendido de varas de agrimensur sobre un barranco rocoso.

Si había tanto valor, tanta calma para confrontar el peligro en el hombre envejecido y callado que se mecía en nuestra sala, ¿qué maravillas no habría escondidas en cada alma humana?

## Despedida

Hija del campo y del aire libre, nuestra mudanza a la ciudad fue muy difícil para mí. Como una planta trasplantada a una maceta demasiado pequeña, carente de sol y lluvia, me **mustié**. Pero cuando las congas arrollaban por las calles de la ciudad, medio escondida detrás de la puerta, temerosa de la fuerza de los tambores, desperté al eco de su ritmo en mi sangre.

Mientras observaba a la **muchedumbre** pasar de unas cuantas docenas a varios cientos de personas golpeando los tambores de cuero o de acero, comprendí que mis raíces llegaban muy hondo.

Algunas de ellas vinieron de España, de la cual mi abuelo Modesto se escapó en un barco y que mi abuelo Medardo abandonó cuando no pudo casarse con la prima que adoraba. Pero mis raíces también se hunden muy profundamente en la tierra cubana, hasta los **siboneyes** cuya voz resuena en el nombre de la ciudad donde nací, Camagüey, del río Tímina de mi niñez, cuyo espíritu indomable permanece en las esbeltas palmas reales. Y mis raíces van hasta África, a la tierra del ritmo capturado por los tambores, la tierra donde las ceibas majestuosas elevan sus ramas sagradamente hasta el cielo.

## Pregones

El primer **pregón** de cada día era el del panadero:

*Pan... panadero... calentico...  
pan de leche... pan de huevo... calentico...*

Amas de casa y sirvientas salían a su reclamo, en busca del pan oloroso, mañanero. Al comprar el pan recogían también las botellas de leche. Las había dejado junto a la puerta el lechero, que mientras todos

en la ciudad dormían, recorría las calles en su araña, el carro amarillo de dos ruedas, tirado por un caballo **madrugador**.

El pan de la mañana nos llegaba acabadito de hornear. Algunas veces lo remojábamos en el café con leche; otras, le untábamos mantequilla para luego comerlo en bocaditos pequeños, saboreándolo. A mí me gustaba arrancarle la miga del centro, esponjosa y tibia, y dejarla disolverse lentamente en la boca.

El panadero era un hombre **grueso**, con una calva brillante. Tenía un carro blanco, tirado por un caballo blanco también. La mayoría de los caballos que tiraban de carretones, arañas y planchas se veían flacos y hambrientos. En contraste, el del panadero estaba gordo y lustroso, como su amo.

Cada mañana lo esperaba con entusiasmo, porque me encantaban el pan casero y la sonrisa amable del panadero. Él me levantaba con sus brazos grandotes y me sentaba a su lado en el pescante del carro. Envuelta en la fragancia del pan recién horneado me sentía como Cenicienta en su carroza durante el breve trayecto hasta la casita de al lado, donde vivía mi bisabuela y terminaba mi paseo. A los tres años y temprano en la mañana no tenía la menor duda de que, cuando fuera grande, me casaría con el panadero.

A lo largo del día seguían los pregones. El **viandero**, tirando del cabestro de una mula cargada con dos cerones bien repletos, pregonaba:

*Malanga blanquita... yuca tierna...  
boniatos dulces...*

Sonreía de gusto mientras sacaba las viandas del fondo interminable de las grandes alforjas de paja.

—Mire, caserita, ¡qué calabaza! Las yucas están muy buenas. ¿Y no quiere ñame? Tengo unas papas buenísimas. Para freírlas, para puré... ¿Y no lleva unas mazorquitas? Mírelas, mírelas, no va a encontrar maíz más tiernos, caserita.

Y los frutos de la tierra iban pasando a los brazos de mi madre y, cuando ella ya no podía sostener nada más, el viandero me ponía en las manos un trozo de calabaza anaranjada, de gruesa cortezas verde, diciendo: “Un poco de calabaza, niña, para que le dé buen sabor a la sopa...”

El **verdulero** no pregonaba. Alto, delgado, colocaba en la acera los dos canastos planos que había traído en los extremos de una **pértiga** balanceada sobre los hombros. Lo hacía en silencio, con tanta dignidad como si lo que presentara a la vista de mi madre fueran joyas preciosas en lugar de lechugas tiernas, rabanitos picantes, lustrosos pimientos... Y en verdad era como si la lámpara de Aladino hubiera transportado un jardín florecido a nuestra puerta.

Mi madre iba eligiendo con cuidado, sin destruir el efecto artístico de las verduras y hortalizas, largas y tiernas habichuelas verdes, macitos de berro, una col perfecta en su redondez. Y, mientras las escogía, trataba de entablar conversación:

—Y en China —preguntaba— ¿crecen rabanitos tan buenos como estos en China?

El verdulero sonreía en silencio. Y sus ojos desaparecían en su rostro usualmente tan serio.

Una mañana, casi sin haber dado los buenos días, abandonada toda reserva le dijo a mi madre:

—Esto, señora, esto es lo que crece en China... doce años sin verlo, señora, hasta poder tener el dinero para el pasaje...

Y empujaba hacia delante, lleno de orgullo, a un chiquillo que, intimidado, no acertaba a levantar los ojos del suelo.

—Mi hijo, señora, mi hijo, doce años sin verlo...

Y se reía, con una risa alegre, haciéndonos admirar esta vez un verdadero tesoro, el tesoro por el cual había cultivado por tanto tiempo y con tanto **esmero**, como si fueran joyas, tomates y lechugas, berros y rábanos, zanahorias y berenjenas.

A veces los pregones eran musicales, como el pregón del silbato del afilador, que recorría las calles de la ciudad empujando su rueda de afilar montada sobre una simple carretilla de madera, con un pedal que le permitía hacerla girar. Siempre dispuesto a devolverle el filo a cuchillos, tijeras, machetes, cuchillas...

A mi madre el silbido del afilador le recordaba un tango y rompía a cantar:

*Afilador,  
no abandones tu pedal;  
dale que dale a la rueda  
que con tantas vueltas  
ya la encontrarás...*

La tarde era de los dulceros. Pasaba uno pregonando:

*Coquito acaramelao-o-o-o...*

Traía en un hombro la caja de los dulces y en el otro una tijera de madera, que abría para colocar su mostrador ambulante. A través de los costados de vidrio de la caja podíamos ver los cuadraditos de dulce de leche y las bolas oscuras de dulce de coco. Pero mis favoritos eran los coquitos acaramelados. Dentro de la bola redonda de azúcar cristalizado se encerraba el coco rallado, blanco y húmedo de almíbar.

Otro pregón que me hacía salir ilusionada al portal era el de:

*Barquillos, barquilleroo...*

El barquillero no vendía directamente los **barquillos**, sino que por una moneda se podía dar la vuelta a la ruleta instalada en la tapa del cilindro de latón en el que cargaba los barquillos. El número que saliera en la ruleta determinaba el número de barquillos, desde el uno o el dos que salían a menudo hasta el codiciado veinte, que rara vez salía. Yo no perdía las esperanzas de que algún día el puntero de la ruleta se detuviera en el veinte.

El ingenio cubano se manifestaba de muchas maneras. El **manisero** se había construido un horno portátil con una lata cuadrada a la que le había puesto un asa y un doble fondo, debajo del cual llevaba tizones encendidos para mantener calientes los cucuruchos de maní tostado.

Su pregón característico, “Maní, maniseroo...”, había dado lugar a una de las canciones cubanas más populares. Por eso no era extraño que al oírlo alguien en la casa empezara a cantar:

*Maní, manisero se va...*

*Cuando la calle sola está,  
casera de mi corazón,  
el manisero entona su pregón  
y si la niña escucha su canción  
llamará desde el balcón.*

*Maní, manisero se va.*

*Caserita, no te acuestes a dormir  
sin comerte un cucurucho de maní.*

El pregón favorito de mis tíos era el del tamalero:

*Tamales...*

*Con picante y sin picante...*

Igual que el manisero, el tamalero se valía de una lata convertida en horno portátil para transportar su mercancía. La masa de harina de maíz encerraba pedacitos de carne de puerco y, si se habían pedido con picante, aparecía salpicada de rojos trocitos de ají. La hoja, que en la planta envuelve a la mazorca, envolvía también los deliciosos tamales, triunfo y gloria del maíz.

Mis tíos respondían con frecuencia al llamado del tamalero y a mí me encantaba que me convidaran a un trocito.

Pero el pregón que yo esperaba con ansias era el del vendedor de empanadillas, que pregonaba:

*De guayaba y carne...*

¡Qué deliciosas las empanadillas! Las había de harina de maíz, gruesas y sustanciosas, rellenas de picadillo de carne con pasas y aceitunas, o de harina de trigo, crujientes y tostadas, rellenas de conserva de guayaba. Al freírlas, la conserva se ablandaba. Si las empanadillas estaban todavía calientes, la pasta oscura de guayaba chorreaba en la boca al morderlas.

Una tarde conseguí que me dejaran a mí comprar las empanadillas. Con un medio, una moneda de cinco centavos, en la mano, me acerqué al empanadillero.

—**¿A cómo son?**— pregunté, tratando de que mi voz de cuatro años sonara como la voz de compradora experimentada de mi madre.

—A dos por medio— me contestó complaciente el empanadillero.

Pensé un momento. Si dos empanadillas idénticas costaban cinco centavos entre las dos, eso significaba que él cobraba tres centavos por una y solo dos por la otra. Así que le pedí muy segura:

—Pues deme dos, una de carne y una de guayaba, pero... ¡de las de dos centavos!

El empanadillero se rió de mi ocurrencia. Me envolvió las dos empanadillas y me devolvió un centavo.

Entré a mi casa orgullosísima. No solo traía las dos empanadillas que comprábamos cada noche, sino que ahora tenía un centavo para mí. Con ese centavo podría comprar al día siguiente un paquetico de galleticas La Estrella, con una postalita del cuento de Gulliver, para pegar en mi álbum.

Pero, para mi gran sorpresa, mi padre no celebró el uso al que había puesto mis conocimientos de aritmética.

—Dios no te ha dado inteligencia para que te aproveches de los demás... —Y su voz era más firme que de costumbre.

—A ver, piensa, ¿quién necesita más ese centavo? ¿Tú, que quieres comprarte una galleta, o el empanadillero, que se gana la vida vendiendo empanadillas a dos por medio? —Y no dijo nada más.

Al día siguiente, en mi rincón favorito del jardín, debajo de la pata de carolinas, miré y remiré el centavo. Por un lado mostraba la estrella solitaria de la bandera cubana; por el otro, el escudo nacional.

El **kiosco** donde vendían las galleticas La Estrella estaba a media cuadra. Mis padres no me animaban a comprar galleticas, me daban solo un centavo cada semana, así que mi álbum se llenaba muy lentamente. Ahora tenía la oportunidad de conseguir una postalita más. ¿Cuál conseguiría si compraba una galletica? ¿La número cuatro que me permitiría, por fin, completar la primera página del álbum? ¿La que mostraba a Gulliver en el suelo, atado por los liliputienses?



Esa tarde pedí de nuevo que me dejaran ser quien comprara las empanadillas. Mi padre, sin decir una palabra, sacó un medio, una moneda de cinco centavos, de su monedero de cuero y me la dio.

En cuanto oí el pregón:

*Empanadiiii... llas...*

corrí al portal y le pedí al empanadillero:

—Una de carne y una de guayaba, por favor.

Cuando me las entregó, con la misma sonrisa buena con la que había celebrado mi ocurrencia el día anterior, le di el medio que me había dado mi padre y el centavo que había guardado todo el día en el bolsillo del vestido, diciéndole:

—Estas son las de tres centavos.

Y mientras el empanadillero, sin comprender muy bien, miraba los seis centavos, entré feliz a casa, con las empanadillas calientes en la mano y un sentimiento dulce en el corazón.



## Días de circo

—¡El **circo!** ¡El circo! ¡Ha venido el circo!—gritaba mientras corría por los jardines. Quería que todos lo supieran: los pájaros, los setos de mirto, las lagartijas... hasta las hormigas y los grillos. Una vez más había llegado el circo. Equilibristas que nos dejaban sin respiración mientras caminaban por la cuerda floja, malabaristas que creaban un arcoíris con las pelotas que sostenían en el aire, payasos que nos hacían llorar de tanto reír y la niña **contorsionista**...

El circo instalaba su carpa en la Plaza de La Habana, que, a pesar de su nombre, no era plaza sino un terreno baldío. Tampoco estaba en La Habana, la capital de Cuba, sino en mi propia ciudad de Camagüey, al otro lado de la calle General Gómez, frente a la Quinta Simoni, la vieja casona en la que nací y en la que entonces vivía con mis padres.

La Plaza de La Habana no se usaba para mucho. Allí **pacían** aburridamente los caballos y mulos de algunos de los carretoneros de la cercanía. Y, en los días de viento, allí empinábamos nuestros barriletes los chicos del barrio.

En algunas ocasiones, usualmente en época de elecciones, los candidatos subían a tarimas improvisadas desde las que pronunciaban agitados discursos llenos de promesas: pavimentar calles..., ensanchar la Carretera Central..., abrir nuevas escuelas..., poner más camas en los hospitales... Estas promesas, lamentablemente, rara vez se cumplían.

Una vez al año, sin embargo, la Plaza de La Habana se transformaba por completo cuando llegaba el circo. Además de la carpa grande para las funciones, instalaban una “estrella giratoria”, el **tiovivo** que llamábamos “los caballitos” y las sillas voladoras, en las que no me dejaban montar porque una vez se había desprendido una.

Y, además, los puestos de comida... Los vendedores de “fritas” instalaban sus carritos que llenaban el aire con el olor tentador a carne adobada y manteca caliente. Los vendedores de helados ofrecían una deliciosa variedad de sabores: de coco blanco y cremoso, de piña, que dejaba frescor en la boca, y el de mamey, que la teñía de rojo. Y había kioscos que vendían malta y “piñita” Pijuán, nuestro refresco embotellado favorito.

Durante esos días, la Plaza de La Habana dejaba de ser una llanura polvorienta de malas hierbas y se volvía tierra de milagros y maravillas.

Antes de instalar el circo, el dueño, un hombre alto de poblado bigote, hablaba con mi padre. Como en la plaza no había agua, pedía permiso para tomarla de una llave que había en el antiguo camino de



los carruajes, camino que llamábamos “los framboyanes” por la hilera de viejos árboles de encendido follaje.

Mi padre siempre accedía y, más tarde, el dueño enviaba a alguien del circo, que igual podía ser payaso que trapequista, a traernos un **rollo** de boletos rosados, para darnos las gracias.

Los días de circo solo podían compararse a las Navidades. Me despertaba sola, antes que nadie, para salir al encuentro de las sorpresas del día. Pero, por temprano que me levantara, la magia ya había empezado.

En nuestro portal, con el cuerpo convertido en un arco en el que cabeza y pie casi se tocaban, estaba la hija del dueño, la niña contorsionista, practicando su acto. Tan pronto me veía aparecer en la puerta, boquiabierta, hacía unas cuantas **cabriolas**, recorría el portal sobre las manos mucho más velozmente de lo que podía hacerlo sobre los pies, y completaba su rutina. Al final me hacía un saludo, el mismo que en la pista le ganaba un aplauso de los espectadores, antes de cruzar la calle saltando, sin tocar apenas el suelo, y desaparecer entre las carpas y kioscos.

Por largo rato me quedaba en el portal, sin moverme, pensando en lo hermoso que sería ser parte del circo, viajar de ciudad en ciudad, oyendo los aplausos de los espectadores, quedándome levantada hasta tarde cada noche y luego yéndome a dormir con la música alegre de los kioscos. Y, sobre todo, la idea de montar cada día en los caballitos era casi tan inimaginable como ir de paseo en los camellos de los Reyes Magos.

Acabábamos de almorzar. Mientras todos dormían la siesta, yo estaba sentada en el portal leyendo *Mujercitas* por tercera vez cuando la niña contorsionista vino a llenar un **balde** de agua. Mientras esperaba que se llenara el balde, me habló por primera vez:

—¿Qué estás leyendo? —me preguntó.

Le enseñé la cubierta del libro.

—¿Es bonito?

No puedo creer que, siendo mayor que yo, no haya leído nunca *Mujercitas*. Pero no puedo pensar mucho en ello, porque sigue haciéndome preguntas. Quiere saber si voy a la escuela, en qué grado estoy, qué aprendemos.

No sé muy bien qué le contesto. Trato de explicarle mis sueños. De cuánto me gustaría vivir en el circo. Ahora es ella quien me mira **sorprendida**, como si hubiera dicho la cosa más extraordinaria del mundo.

—¿Ser parte del circo? ¿Pasársela viajando siempre? ¿Sin saber si tendremos bastante público o no...? ¿Siempre cansados, siempre trabajando?

Se queda entonces mirando fijamente la pared blanca, como si quisiera poder atravesarla y recorrer con la mirada el interior de la casa. Y sigue hablando, más consigo misma que conmigo.

—Todos los años, cuando pasamos por aquí y veo esta casona, con el **portal** tan grande y tan fresco, el jardín con jazmines y con tantas flores que no conozco, me pregunto cómo sería vivir en esta casa, ir a la escuela, tener amigos que vengan de visita, dormir todos los días en una cama de verdad, en la misma cama de verdad...

La sorpresa, como pelota de *ping-pong* que no puede quedarse a un lado de la mesa, ha regresado a mí. Y soy yo quien la mira sin comprender cómo mi vida puede parecerle más **deseable** que la suya.

Entonces, ella añade:

—Por eso me gusta venir a practicar cada mañana. Para imaginarme que estoy en mi casa, que acabo de levantarme y de tomar el desayuno en el comedor, que estoy en mi propio portal...

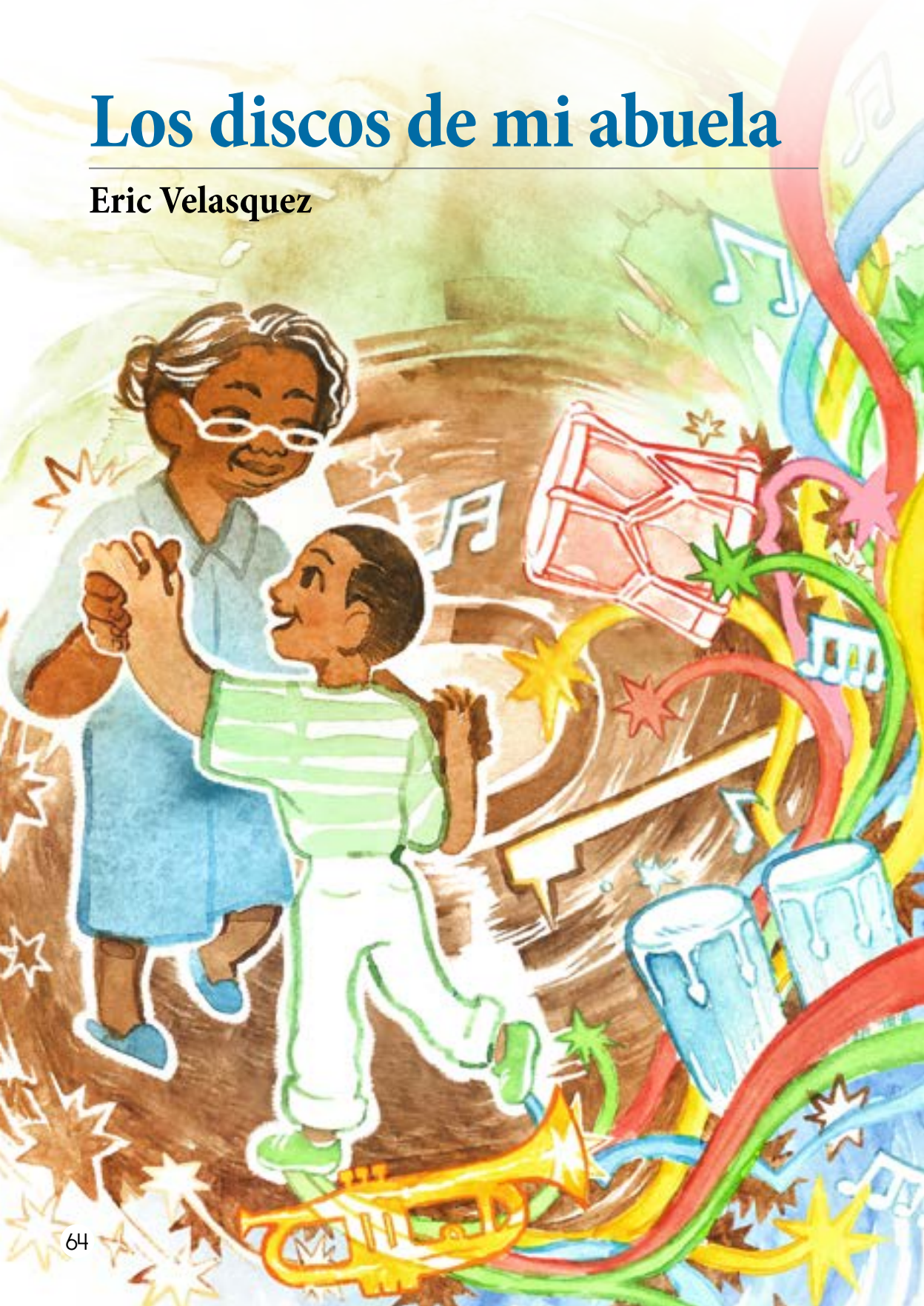
El cubo se ha llenado mientras conversamos. Y la voz de uno de los hombres del circo se oye llamando desde el otro lado de la calle:

—¡Zenaida...! ¡Zenaida...! ¡ZENAIDA!

Ella levanta el cubo como si no pesara nada. Y se aleja sin decir adiós, con sus pasos ligeros, de bailarina. El agua **salpica** fuera del cubo, dejando un rastro de gotas en el polvo a la entrada de los framboyanes, en el cemento de la acera, en el asfalto acerado de la calle que separa nuestros dos mundos.

# Los discos de mi abuela

Eric Velasquez



*Para mi abuela Carmen Maldonado (1909–1983),  
esta canción es para ti.*

Todos los años, en cuanto terminaban las clases, yo empacaba en una maleta mi ropa de verano, mis juguetes preferidos y un cuaderno de dibujo. Mi perra Daisy y yo nos mudábamos al apartamento de mi abuela en El Barrio. Como mis padres trabajaban, me pasaba el verano con ella.

Desde el momento en que mis padres me dejaban allí, hasta el día en que me recogían, abuela me envolvía en su mundo de música.

A veces ella ponía un disco y bailábamos juntos. En otras ocasiones, bailaba sola y me contaba cosas de su infancia en Puerto Rico.

Cuando abuela ponía un merengue de la República Dominicana, movía las caderas de un lado a otro. Cuando sonaba su disco de salsa favorito, me decía “escucha esa conga” mientras batía las manos como golpeando un tambor imaginario.

A mi abuela le gustaba toda clase de música. Pero entre sus discos, había uno en especial que la llenaba de emoción. Cuando lo ponía, se colocaba una mano sobre el corazón y cerraba los ojos mientras cantaba. En ocasiones, cuando terminaba la canción, se quedaba sentada en silencio, pensando en el abuelo y en los viejos tiempos en Santurce, su ciudad natal.

—A veces —decía abuela— una canción puede expresar todo lo que tu corazón siente, como si la hubieran escrito expresamente para ti.

Lo que más me gustaba era cuando abuela me decía:

—Hoy te toca a ti escoger los discos.

Cualquier disco que yo eligiera, abuela decía:



—Siempre me gusta lo que **seleccionas**.

A veces yo escogía la canción de abuela, solo para verla ponerse la mano sobre el corazón y cantar. Y ella siempre me preguntaba:

—¿Pero cómo lo sabes?

Si hacía mucho calor en la calle, me pasaba las horas mirando las **portadas** de los discos de abuela. Elegía las que más me gustaban y las dibujaba en mi cuaderno. Mientras dibujaba, las portadas **cobran vida** y las orquestas tocaban en la sala de abuela.

Abuela nunca iba a los **cabarets** a ver sus orquestas favoritas. Se contentaba con quedarse en casa conmigo y oír sus viejos discos. Pero Santurce era cuna de cientos de músicos, y ella conocía a muchos de los que habían participado en las grabaciones.

Sammy, un sobrino de abuela, tocaba la percusión en la orquesta de Rafael Cortijo, la mejor de Puerto Rico. Un día, cuando la orquesta estaba en Nueva York, Sammy trajo de visita a Cortijo y al cantante Ismael Rivera. Fue una verdadera sorpresa. Cuando viajaban, no tenían muchas ocasiones de comer comida casera y aprovecharon para saborear el famoso arroz con **gandules** de abuela.

Después del postre, Sammy le dio otra sorpresa a abuela: dos entradas para el primer concierto de la orquesta en Nueva York y un ejemplar de su nuevo disco, que todavía no había llegado a las tiendas. Corrí hasta el tocadiscos, emocionado porque iba a ser la primera persona en Nueva York que iba a escucharlo.

Al día siguiente, abuela y yo fuimos a comprarnos ropa para ir al concierto. Hasta me llevó a la barbería a que me cortaran el pelo.

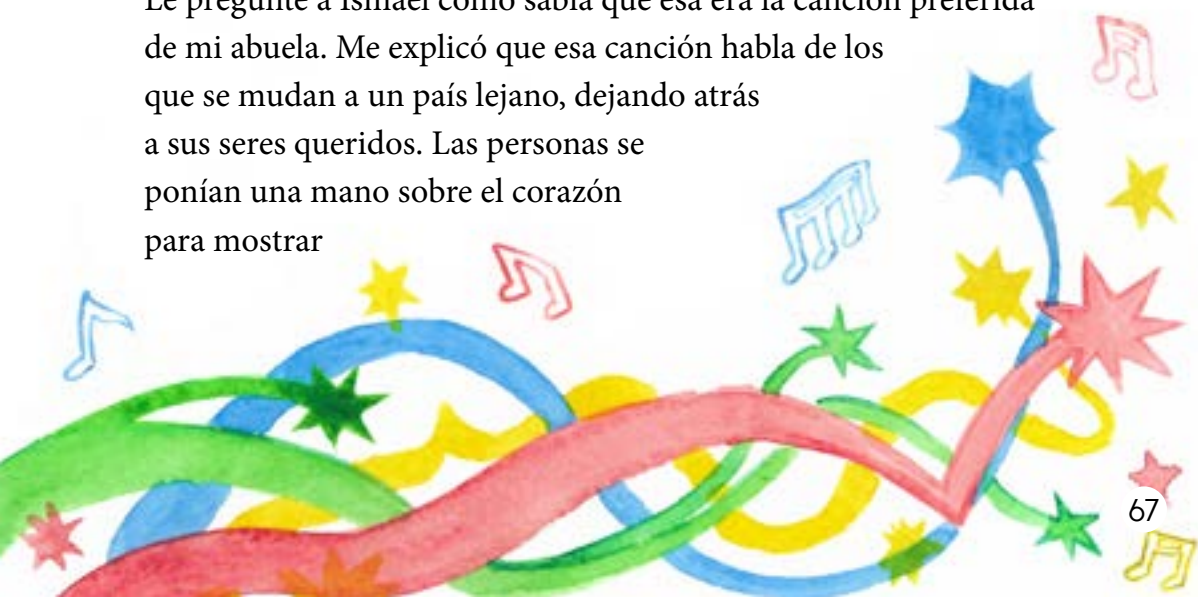
El teatro estaba en el Bronx. Fuimos en metro; abuela estuvo nerviosa durante todo el trayecto. Cuando llegamos, no tuvimos que

hacer **cola** porque teníamos unas entradas especiales. El teatro era más grande que cualquiera de las salas de cine que yo conocía.

La orquesta hizo una entrada espectacular. De repente, la sala se quedó a oscuras, brillaron unas lucecitas y se oyó el sonido de una **sirena**. Oí que abuela decía: “¡Ay, Dios mío!” Ella pensó que ocurría algo. El escenario, a oscuras, se llenó de gente que parecía correr de un lado para otro. Luego, se apagaron todas las luces y se escuchó el marcado y agudo ritmo de una conga BUM BAK BUM BAK BUM BAK. De pronto, se encendieron las luces, se escuchó un fuerte BUM y la orquesta empezó a tocar “El bombón de Elena”.

Abuela y yo nos sorprendimos al oír lo diferente que sonaba la música en vivo. Los músicos lograban que las canciones conocidas parecieran otras, añadiéndoles nuevas letras y frases musicales. Antes de comenzar el último, Ismael dijo: “Esta canción es para Carmen” y se dirigió a abuela, mientras cantaba. La miré y vi que se ponía la mano sobre el corazón, levantaba la otra y, con los ojos cerrados, empezaba a cantar en voz baja. ¡Ismael le estaba cantando a mi abuela! Entonces, miré a mi alrededor y me di cuenta de que todos en el teatro se habían puesto una mano sobre el corazón.

Cuando terminó la función, fuimos a los camerinos. Le pregunté a Ismael cómo sabía que esa era la canción preferida de mi abuela. Me explicó que esa canción habla de los que se mudan a un país lejano, dejando atrás a sus seres queridos. Las personas se ponían una mano sobre el corazón para mostrar



que, aunque estuvieran lejos, sus corazones se hallaban en Puerto Rico. Ahora yo comprendía por qué la canción de abuela significaba tanto para tanta gente.

Después de esa noche, abuela y yo solíamos divertirnos montando nuestro propio espectáculo, en el cual imitábamos a la orquesta de Cortijo. Abuela hubiese querido que se hubiese hecho un disco con ese concierto para poder oírlo una y otra vez. Pero incluso entonces, yo sabía que un concierto es algo único porque te queda grabado en la memoria como un momento mágico.

Ya de adulto, le llevaba mis discos a abuela para escuchar música con ella: música brasileña, jazz e incluso rap. A ella le gustaba todo.

Aun ahora, cuando escucho un disco compacto en mi estudio, imagino que estoy en la sala de mi abuela y que se vuelve hacia mí y me dice: “Hoy te toca a ti escoger los discos. Siempre me gusta lo que seleccionas”. Y mientras trabajo, me envuelve la canción de mi abuela.

## La canción de mi abuela

*“En mi viejo San Juan”, por Noel Estrada*

*En mi viejo San Juan, cuántos sueños forjé en mis años de infancia.*

*Mi primera ilusión y mis cuitas de amor son recuerdos del alma.*

*Una tarde partí hacia extraña nación pues lo quiso el destino,*

*pero mi corazón se quedó frente al mar, en mi viejo San Juan.*

*Adiós, **Borinquen** querida, adiós mi perla del mar.*

*Me voy, pero un día volveré a buscar mi querer, a soñar otra vez,  
en mi viejo San Juan.*

*Pero el tiempo pasó y el destino burló mi terrible nostalgia.*

*Y no pude volver al San Juan que yo amé, pedacito de patria.*

*Mi cabello **blanqueó**, ya mi vida se va, ya la muerte me llama,  
y no quiero morir alejado de ti, Puerto Rico del alma.*

# Poesía: collage de palabras



Pérez, Eustaquio. "Caperucita Roja." *Cuentos del mundo en décimas chilenas*. Lom Ediciones, 2016.

Mora, Pat. "El desierto es mi madre." Reprinted with permission from the publisher of "El desierto es mi madre" by Pat Mora (© 1994 Arte Público Press - University of Houston).

Alarcón, Francisco X. "Las canciones de mi abuela" and "Las palabras son pájaros." *Laughing Tomatoes and Other Spring Poems / Jitomates risueños y otros poemas de primavera*. Text copyright © 1997 by Francisco X. Alarcón. Permission arranged with Lee & Low Books Inc. New York, NY 10016. All rights not specifically granted herein are reserved.

Narváez, Jorge. "Mi tierra de niño."

Amara, Luigi. "El baile de la medusa." *Las aventuras de Max y su ojo submarino*. © 2007, Fondo de Cultura Económica.

Diego, Gerardo. "Balón de fútbol."

Pichardo Arce, Ramón J. "A la unión de Centroamérica."

Fuertes, Gloria. "El corazón de la Tierra." Herederas de Gloria Fuertes.

García Teijeiro, Antonio. "Son olas verdes."

Machado, Germán. "En la calma del trópico." Published by arrangement with Base Tres, [www.base-tres.com](http://www.base-tres.com).

Gil Martínez, Carmen. "Don Quijote" and "Rocinante."

Fuertes, Gloria. "Escribo." Herederas de Gloria Fuertes.

Alberti, Rafael. "Se equivocó la paloma." *Entre el clavel y la espada*. © Rafael Alberti, 1941. El Alba del Alhelí, S.L.

Gautier Benítez, José. "A Puerto Rico (Regreso)."



# Caperucita Roja

Eustaquio Pérez



### **Glosa**

Es una historia de dos:  
del lobo y Caperucita.  
Es una historia bonita  
y es una historia **feroz**.

### **Décimas**

Dirán que en Chile no hay lobos,  
pero yo me sé este cuento  
de uno bien fiero y hambriento  
de los bosques de Algarrobo.  
Se dedicó siempre al **robo**  
y a causar un miedo **atroz**,  
sabía imitar la voz  
de turistas y paseantes.  
Es una historia impactante,  
es una historia de dos.



Mi versión es la mejor  
de este asunto tan extraño;  
yo lo supe ya hace un año  
y contarlo es un **honor**.

La historia adquiere valor  
cuando por fin es escrita,  
y como mi mente habita,  
la escribo con alegría.

Les cuento lo que sabía  
del lobo y Caperucita.

Vestía polerón rojo,  
unos *jeans* y zapatillas  
esta graciosa chiquilla  
cuando encontró al lobo flojo.

Ella miró de **reajo**,  
algo que al lobo lo **irrita**.

“Pásame la canastita”,  
le gritó el lobo violento.

A pesar de eso, este cuento  
es una historia bonita.

La niña dijo muy fuerte:  
“Estás loco, lobo malo,  
¿quieres que te agarre a **palos**?:  
soy una chica valiente”.  
El lobo apretó los dientes  
y soltó una fea tos  
y dijo: “Yo quiero arroz,  
con bistec, pan y ensalada,  
mi vida es triste y fregada,  
es una historia feroz”.

### **Despedida**

Ocurrió algo extraordinario:  
el lobo se puso bueno,  
a su maldad puso freno,  
sin balas ni **comisarios**.  
El lobo hoy almuerza a diario  
donde la niña y su abuela;  
ellas limaron las muelas  
de su feroz dentadura,  
y hasta aprendió lectura,  
porque va siempre a la escuela.



# El desierto es mi madre

Pat Mora



Le digo, dame de comer.  
Me sirve rojas tunas en nopal espinoso.

Le digo, juguetea conmigo.  
Me salpica la cara con gotitas de lluvia  
en día soleado.

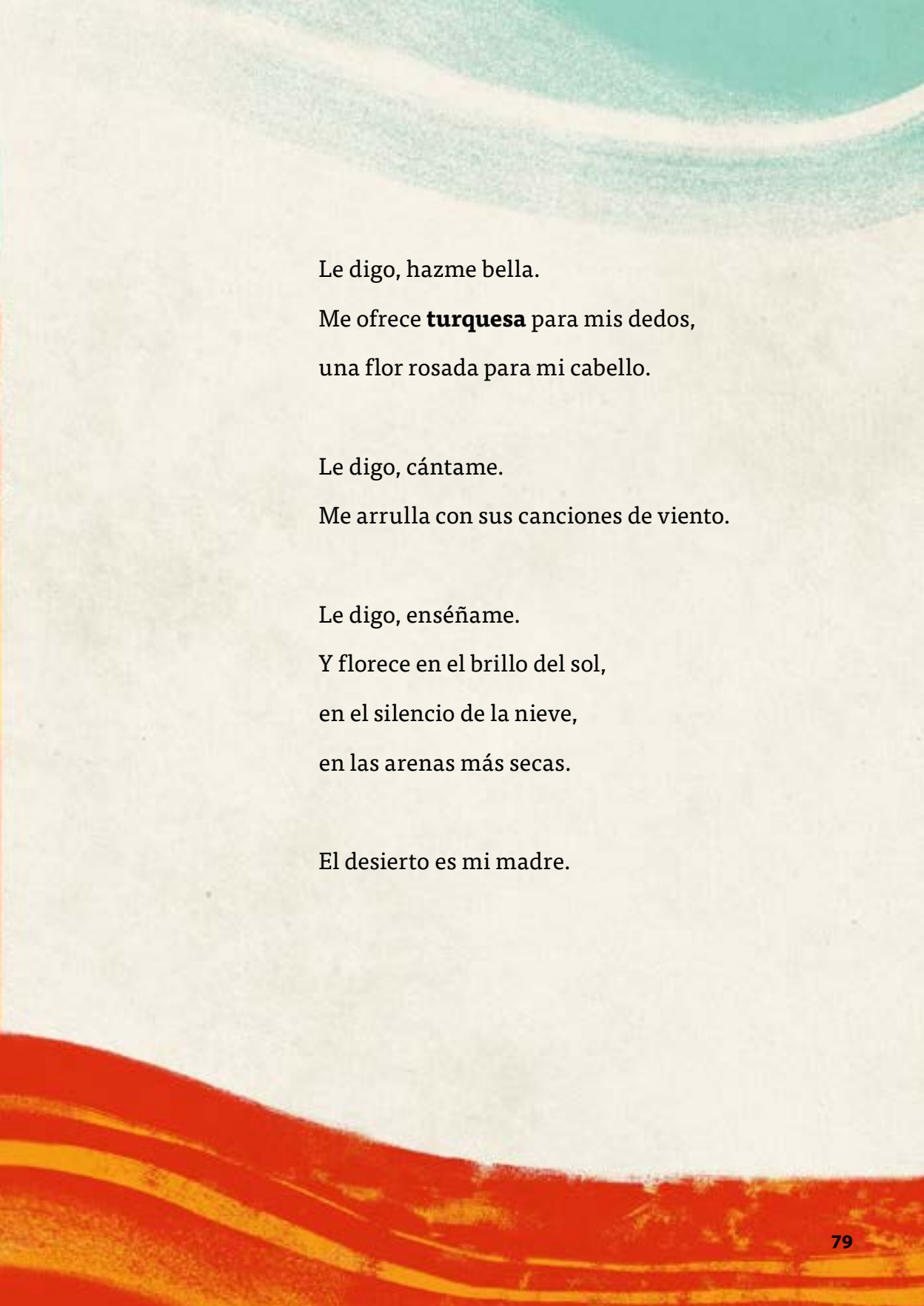
Le digo, asústame.  
Me grita con truenos y me tira  
relámpagos.

Le digo, abrázame.  
Me **susurra**, “Acuéstate aquí”.

Le digo, cúrame.  
Me da manzanilla, orégano y  
yerbabuena.

Le digo, acaríciame.  
Me roza la cara con su **cálido** aliento.





Le digo, hazme bella.

Me ofrece **turquesa** para mis dedos,  
una flor rosada para mi cabello.

Le digo, cántame.

Me arrulla con sus canciones de viento.

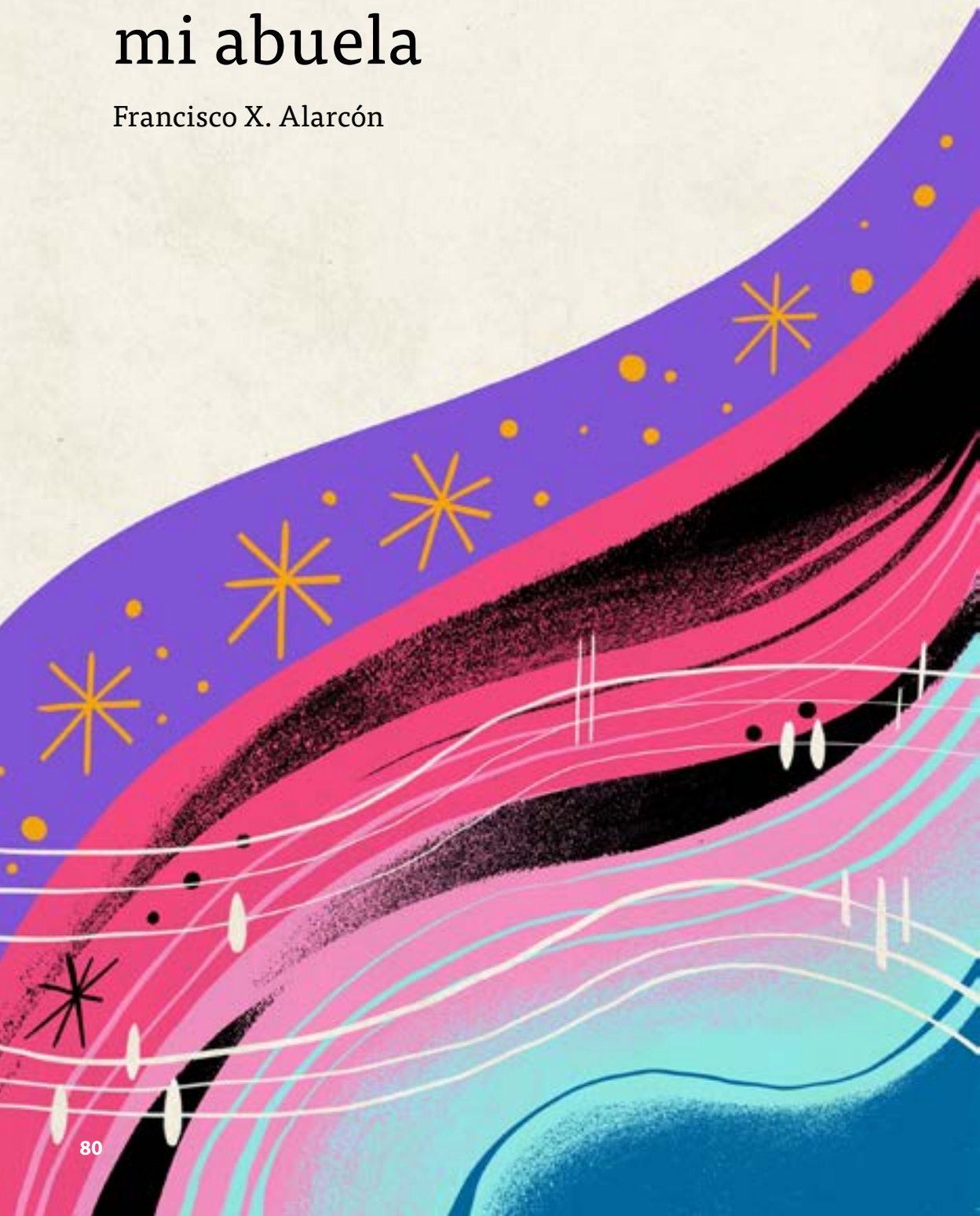
Le digo, enséñame.

Y florece en el brillo del sol,  
en el silencio de la nieve,  
en las arenas más secas.

El desierto es mi madre.

# Las canciones de mi abuela

Francisco X. Alarcón



compartían  
el ritmo  
de la lavadora

las canciones  
que cantaba  
mi abuela

transformaban  
la cocina  
en una **pista** de baile

eran capaces  
de hacer salir  
a las estrellas

consolaban  
las sillas  
patas arriba

convertir  
a mi abuela  
en una joven

alegraban  
los **retratos** colgados  
de la familia

que de nuevo  
iba por agua  
al río

arrullaban  
las sábanas  
en el tendedero

y hacerla  
reír y llorar  
a la vez

les daban sabor  
a los frijoles  
de olla



# El baile de la medusa

Luigi Amara



Desde un barco en alta mar  
alguien soltó un pañuelo al agua;  
no era el adiós a un sueño,  
se despedía de las lágrimas.

El pañuelo **ondea** y se hunde  
como un fantasma olvidado;  
una medusa se aproxima y baila  
siguiéndolo en su descenso.

El pañuelo en la corriente  
se agita muy lento y triste;  
y al tocar el fondo helado  
se extiende como un mantel.

La medusa baila y baila  
pues quisiera reanimarlo;  
días después se aleja **exhausta**  
por el desdén recibido.

# Mi tierra de niño

Jorge Narváez Ceballos



Por mis ojos de niño,  
como unas ventanitas  
redondas  
llenas de asombro  
pasó la vida.

Conservo aún la luz de esos días,  
la cara de la abuela,  
la risa con su mano  
ocultando su boca,  
su olor a ternura.

El sol atravesando la ventana de mi cuarto,  
tus trenzas de trigo,  
tus ojos como dos **esmeraldas**,  
tu piel plantada de oro,  
tus lágrimas.

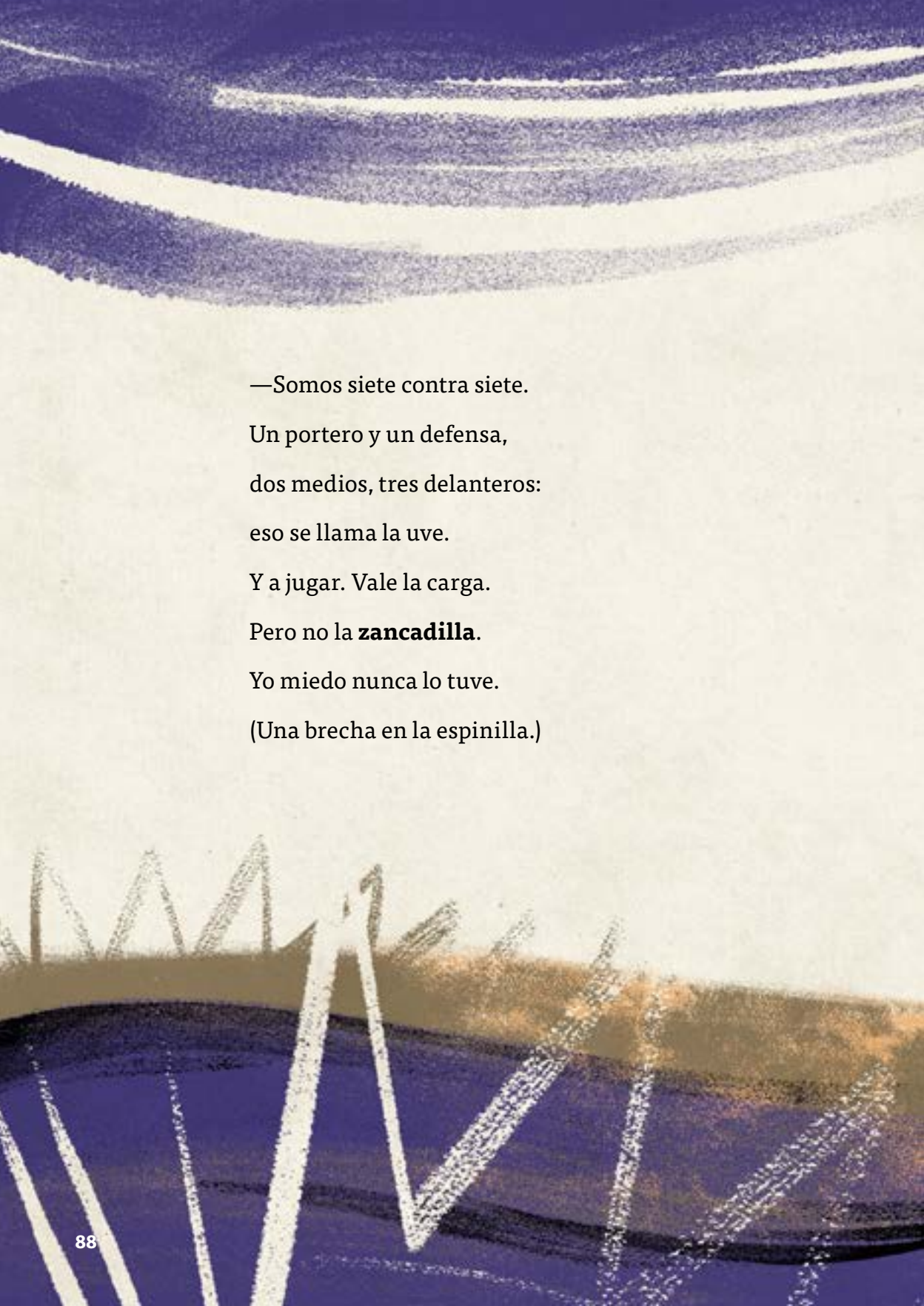
La cocina plagada de olores,  
la piedra de moler,  
el aventador,  
la olla del café,  
y mis sueños.

# Balón de fútbol

Gerardo Diego



Tener un balón, Dios mío.  
Qué planeta de fortuna.  
Vamos a los Arenales:  
cinco hectáreas de desierto,  
cuadro y recuadro del puerto.  
Qué olor a **tabacalera**.  
—Suelta ya el balón, Incera.  
—No somos once. —No importa.  
Si no hay *eleven* hay *seven*.  
Qué elegante es el inglés;  
decir *sportman*, *team*, *back*;  
gritar *goal*, *corner*, *penalty*.  
(Aún no se ha abierto el *Royalty*.)  
—Marca tú la portería:  
textos y guardarropía.



—Somos siete contra siete.

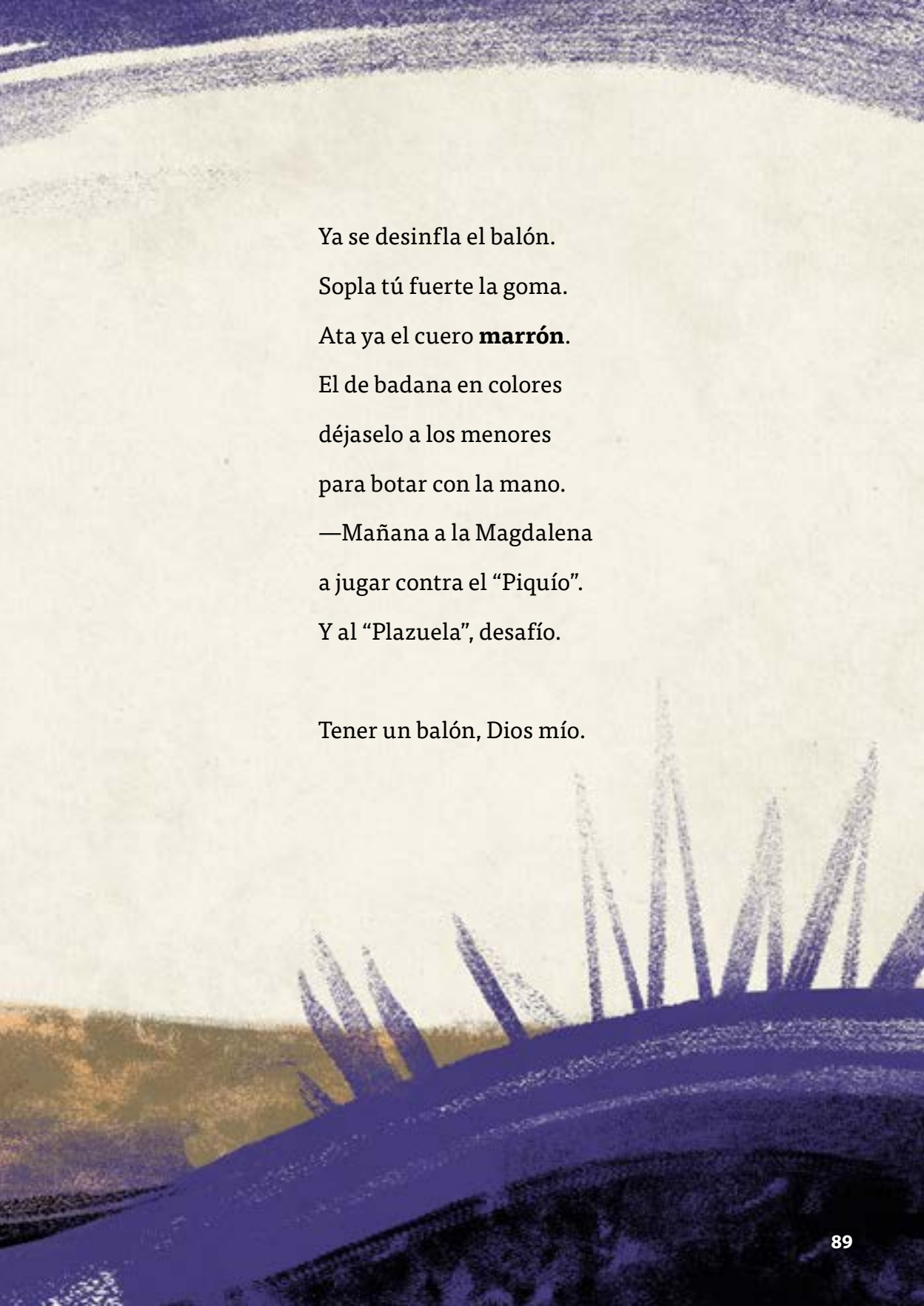
Un portero y un defensa,  
dos medios, tres delanteros:  
eso se llama la uve.

Y a jugar. Vale la carga.

Pero no la **zancadilla**.

Yo miedo nunca lo tuve.

(Una brecha en la espinilla.)



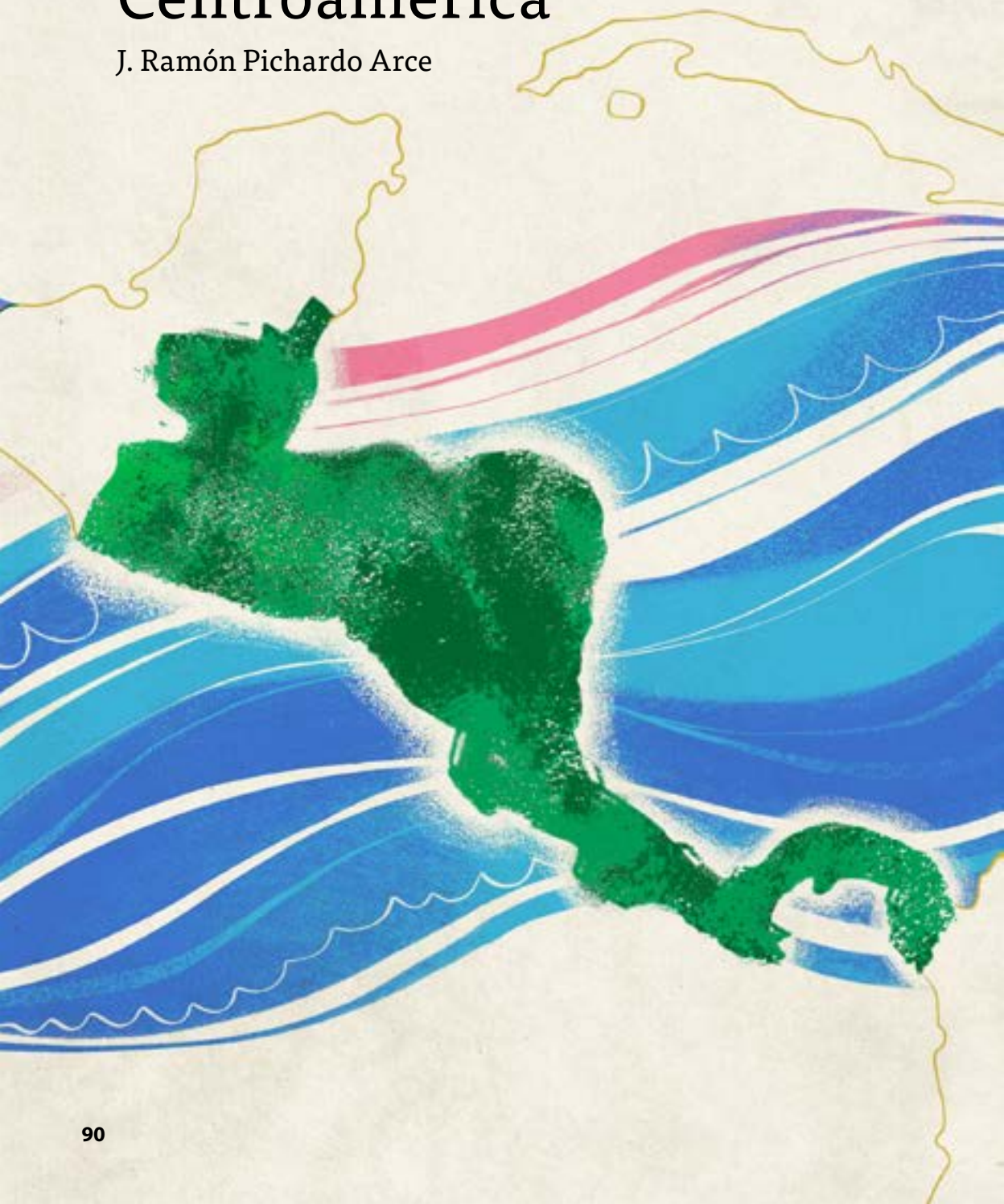
Ya se desinfla el balón.  
Sopla tú fuerte la goma.  
Ata ya el cuero **marrón**.  
El de badana en colores  
déjasele a los menores  
para botar con la mano.  
—Mañana a la Magdalena  
a jugar contra el “Piquío”.  
Y al “Plazuela”, desafío.

Tener un balón, Dios mío.



# A la unión de Centroamérica

J. Ramón Pichardo Arce



Un **quetzal** revolotea liberoso  
la Cruz de un Salvador del mundo  
allá con los veranos y los inviernos del norte.  
Y salían de las Honduras que se levantan  
hazañas nobles de un bravo Lempira,  
de una Nicaragua de lagos y volcanes  
con las notas darianas de grandes poetas  
elevando páginas de oro a la historia,  
con Morazán, Barrios y Mendieta.

Es de una Costa Rica incautada de belleza  
que motiva en legiones su cultura original  
y una airosa y **emotiva** Panamá  
espera ansiosa el grito de la unión.

Centroamérica siempre ha existido  
y su ideal siempre existirá.

# El corazón de la Tierra

Gloria Fuertes



El corazón de la Tierra  
tiene hombres que le desgarran.  
La Tierra es muy anciana.  
Sufre ataques al corazón  
—en sus entrañas—.  
Sus volcanes  
laten demasiado  
por exceso de odio y de **lava**.

La Tierra no está para muchos **trotos**,  
está cansada.  
Cuando entierran en ella  
niños con metralla  
le dan arcadas.

# Son olas verdes

Antonio García Teijeiro



Son olas verdes  
las que nos cuentan  
si alguien se pierde.

Son olas grises  
las que no entienden  
lo que les dices.

Son olas rojas  
las que nos hablan  
de muchas cosas.

Las hay azules  
que se divierten  
si en ellas subes.

Y unas, violetas,  
olas nerviosas  
que no están **quietas**.

¿Hay amarillas?  
Sí, junto al sol.  
¡Oh, cómo brillan!

Luz en el mar.  
Mar de colores.  
Olas graciosas  
de mil sabores.

# En la calma del trópico

Germán Machado



En la calma del trópico,  
el huracán perfora el cielo  
y traza su primer círculo:  
comienza a girar, rondando  
en un gran **torbellino**.

Traza un cono de viento,  
círculo sobre círculo,  
y se dibuja  
con el gris de las nubes  
un rostro oscuro,  
enfurecido y tuerto.

El huracán solo tiene un ojo:  
agujero en el cielo,  
cono de sombra.

Cazador al acecho  
en la calma del trópico:  
el huracán abandona la **guarida**.



# Don Quijote y Rocinante

Carmen Gil



Montado en flaco rocino,  
con lanza y con armadura,  
cabalga por la llanura,  
más allá del quinto pino.

Va paseando errabundo,  
decidido y muy sonriente;  
quiere salvar a la gente  
y arreglar un poco el mundo.

Todos llaman don Quijote  
a un héroe tan atrevido,  
que por flaco y escurrido,  
más parece un **monigote**.

No hay duda de su nobleza,  
pero con tanta lectura  
y sus ganas de aventura,  
ha perdido la cabeza.

Y a lomos de Rocinante  
—según chismea un  
vecino—  
ha confundido un molino  
con un terrible gigante.

Suspira por Dulcinea,  
una **porquera** forzuda,  
berreona y bigotuda,  
que tiene fama de fea.

Pero él la ve tan bonita...  
Y a todos hace jurar

que es la labriega vulgar  
una princesa exquisita.

Aunque el hidalgo cenceño  
pase por ser un lunático,  
a mí me cae simpático  
porque cabalga en un sueño.



# Rocinante

Qué vida la del rocín:  
él, que se queja tan poco,  
tocarle un amo tan loco,  
metido en tanto **trajín**.

Y es que el pobre Rocinante  
no es ninguna maravilla,  
se le notan las costillas  
y tiene muy poco aguante.

Sufre subiendo pendientes,  
pues soporta en su montura  
varios quilos de locura  
y le faltan cuatro dientes.

Es un jamelgo muy lento:  
nunca cabalga al galope,  
y además está algo **miope**;  
pero vive tan contento.

Anda como un caracol:  
siempre llega, muy calmado,  
el último a cualquier lado;  
y es feliz tomando el sol.

Mas es un caballo fiel;  
igual al paso que al trote  
—eso piensa don Quijote—,  
no existe mejor **corcel**.



# Escribo

Gloria Fuertes

Eleuter

de Tepelo

bevent \*

ee helle

\* bufan

helkelen

Quelke

Escribo sin modelo  
a lo que salga,  
escribo de memoria  
de repente,  
escribo sobre mí,  
sobre la gente,  
como un trágico juego  
sin cartas solitario,  
**barajo** los colores,  
los amores,  
las urbanas personas,  
las violentas palabras,  
y, en vez de echarme al odio  
o a la calle,  
escribo a lo que salga.

# Las palabras son pájaros

Francisco X. Alarcón




Las palabras  
son pájaros  
que llegan  
con los libros  
y la primavera.

A las palabras  
les gustan  
las nubes,  
el viento,  
los árboles.

Hay palabras  
**mensajeras**  
que vienen  
de muy lejos,  
de otras tierras.

Para estas  
no existen



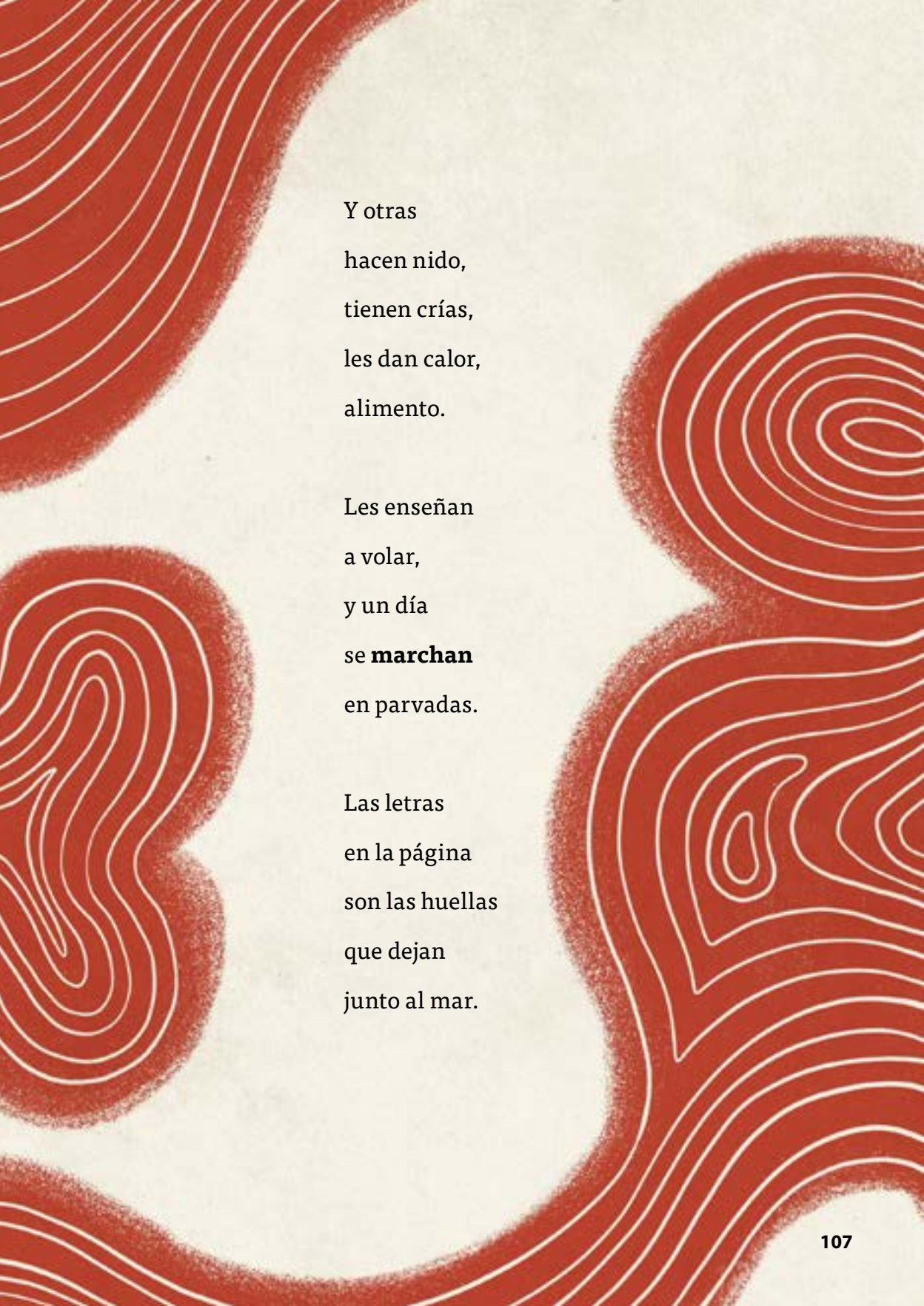


fronteras,  
sino estrellas,  
luna y sol.

Hay palabras  
**familiares**  
como canarios  
y exóticas  
como el quetzal.

Unas resisten  
el frío,  
otras se van  
con el sol  
hacia el sur.

Hay palabras  
que se mueren  
enjauladas,  
difíciles de traducir.

The background of the page is a light cream color, decorated with large, abstract, wavy patterns in a deep red color. These patterns consist of multiple concentric, irregular lines that create a sense of movement and depth, resembling stylized waves or organic forms. The patterns are distributed across the page, framing the central text.

Y otras  
hacen nido,  
tienen crías,  
les dan calor,  
alimento.

Les enseñan  
a volar,  
y un día  
se **marchan**  
en parvadas.

Las letras  
en la página  
son las huellas  
que dejan  
junto al mar.



# Se equivocó la paloma

Rafael Alberti

Se equivocó la paloma.

Se equivocaba.

Por ir al norte, fue al sur.

Creyó que el trigo era agua.

Se equivocaba.

Creyó que el mar era el cielo;

que la noche, la mañana.

Se equivocaba.

Que las estrellas, rocío;

que el calor, la nevada.

Se equivocaba.

Que tu falda era su blusa;

que tu corazón, su casa.

Se equivocaba.

(Ella se durmió en la orilla.

Tú en la **cumbre** de una rama).

# A Puerto Rico (Regreso)

José Gautier Benítez



Para poder conocerla,  
es preciso compararla,  
de lejos en sueños verla;  
y para saber quererla  
es necesario dejarla.

¡Oh!, no envidie tu belleza  
de otra **inmensa** población  
el poder y la riqueza,  
que allí vive la cabeza  
y aquí vive el corazón.

Y si vivir es sentir,  
y si vivir es pensar,  
yo puedo, patria, decir  
que no he sabido vivir  
al dejarte de mirar.



**Ficción contemporánea**  
**Capítulos de**  
*La casa en Mango Street*  
Por Sandra Cisneros





Cisneros, Sandra. *The House on Mango Street*. © 1984 by Sandra Cisneros. Published by Vintage Books, a division of Random House, Inc., and in hardcover by Alfred A. Knopf in 1994. By permission of Susan Bergholz Literary Services, New York, NY, and Lamy, NM. All rights reserved.



# CAPÍTULOS



CAPÍTULO 1

# LA CASA EN MANGO STREET

**N**o siempre hemos vivido en Mango Street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler fue en Paulina y de más antes ni me acuerdo, pero de lo que sí me acuerdo es de un montón de **mudanzas**. Y de que en cada una éramos uno más. Ya para cuando llegamos a Mango Street éramos seis: Mamá, Papá. Carlos, Kiki, mi hermana Nenny y yo.

La casa de Mango Street es nuestra y no tenemos que pagarle renta a nadie, ni compartir el patio con los de abajo, ni cuidarnos de hacer mucho ruido, y no hay propietario que golpee el techo con una escoba. Pero aún así no es la casa que hubiéramos querido.

Tuvimos que salir volados del apartamento de Loomis. Los tubos del agua se rompían y el **casero** no los **reparaba** porque la casa era muy vieja. Salimos corriendo. Teníamos que usar el baño del vecino y acarrear agua en botes lecheros de un galón. Por eso Mamá y Papá buscaron una casa, y por eso nos cambiamos a la de Mango Street, muy lejos del otro lado de la ciudad.

Siempre decían que algún día nos mudaríamos a una casa, una casa de verdad, que fuera nuestra para siempre, de la que no tuviéramos que salir cada año, y nuestra casa tendría agua

corriente y tubos que sirvieran. Y escaleras interiores propias, como las casas de la tele. Y tendríamos un sótano, y por los menos tres baños para no tener que avisarle **a todo mundo** cada vez que nos bañaríamos. Nuestra casa sería blanca, rodeada de árboles, un jardín enorme y el pasto creciendo sin cerca. Esa es la casa de la que hablaba Papá cuando tenía un billete de lotería y esa es la casa que Mamá soñaba en los cuentos que nos contaba antes de dormir.

Pero la casa de Mango Street no es de ningún modo como ellos la contaron. Es pequeña y roja con escalones **apretados** al frente y unas ventanitas tan chicas que parecen guardar su respiración. Los ladrillos se hacen pedazos en algunas partes y la puerta del frente se ha **hinchado** tanto que uno tiene que empujar fuerte para entrar. No hay jardín al frente sino cuatro olmos chiquitos que la ciudad plantó en la banqueta. Afuera, atrás hay un garaje chiquito para el carro que no tenemos todavía, y un patiecito que luce todavía más chiquito entre los edificios de los lados. Nuestra casa tiene escaleras pero son ordinarias, de pasillo, y tiene solamente un baño. Todos compartimos recámaras, Mamá y Papá, Carlos y Kiki, yo y Nenny.

Una vez, cuando vivíamos en Loomis, pasó una **monja** de mi escuela y me vio jugando enfrente. La lavandería del piso bajo había sido cerrada con tablas arriba por un robo dos días antes, y

el dueño había pintado en la madera sí, ESTÁ ABIERTO, para no perder clientela.

¿Dónde vives? Preguntó.

Allí dije señalando arriba, al tercer piso.

¿Vives allí?

Allí. Tuve que mirar a donde ella señalaba. El tercer piso, la pintura **descarapelada**, los barrotes que Papá clavó en las ventanas para que no nos cayéramos, ¿Vives allí? El modito en que lo dijo me hizo sentirme una nada. Allí. Yo vivo allí. Moví la cabeza asintiendo.

Desde ese momento supe que debía tener una casa. Una que pudiera señalar. Pero no esta casa. La casa de Mango Street no. Por mientras, dice Mamá. Es **temporario**, dice Papá. Pero yo sé cómo son esas cosas.



CAPÍTULO 2

# MI NOMBRE

**E**n inglés mi nombre quiere decir esperanza. En español tiene demasiadas letras. Quiere decir tristeza, decir espera. Es como el número nueve, como un color lodoso. Es los discos mexicanos que toca mi padre los domingos en la mañana cuando se rasura, canciones como sollozos.

Era el nombre de mi **bisabuela** y ahora es mío. Una mujer caballo nacida como yo en el año chino del caballo—que se supone es de mala suerte si naces mujer—pero creo que esa es una mentira china porque a los chinos, como a los mexicanos, no les gusta que sus mujeres sean fuertes.

Mi bisabuela. Me habría gustado conocerla, un caballo salvaje de mujer, tan salvaje que no se casó sino hasta que mi bisabuelo la **echó de cabeza** a un costal y así se la llevó nomás, como si fuera un candelabro elegante, así lo hizo.

Dice la historia que ella jamás lo perdonó. Toda su vida miró por la ventana hacia afuera, del mismo modo en que muchas mujeres apoyan su tristeza en su codo. Yo me pregunto si ella hizo lo mejor que pudo con lo que le tocó, o si estaba arrepentida porque no fue todas las cosas que quiso ser. Esperanza. Heredé su nombre, pero no quiero heredar su lugar junto a la ventana.



En la escuela pronunciaron raro mi nombre, como si las sílabas estuvieran hechas de hojalata y lastimaran el techo de la boca. Pero en español mi nombre está hecho de algo más suave, como la **plata**, no tan grueso como el de mi hermanita—Magdalena—que es más feo que el mío. Magdalena, que por lo menos puede llegar a casa y hacerse Nenny. Pero yo siempre soy Esperanza.

Me gustaría bautizarme yo misma con un nombre nuevo, un nombre más parecido a mí, a la de a de veras, a la que nadie ve. Esperanza como Lisandra o Maritza o Zezé la X. Si, algo así como Zezé la X estaría bien.



The background is a solid, textured red. Two hands are shown in a light red, semi-transparent style. One hand is positioned higher and slightly to the left, with fingers spread. The other hand is lower and to the right, also with fingers spread. A dashed white line forms a large, irregular loop that encircles both hands. In the center of this loop, there is a small, intricate white floral or starburst pattern. At the bottom left, a white needle is shown, pointing towards the right, with its eye near the lower hand.

CAPÍTULO 3

# BIEN ÁGUILA

**Y**o pude haber sido alguien, ¿sabes?, dice mi madre y suspira. Toda su vida ha vivido en esta ciudad. Sabe dos idiomas. Puede cantar una **ópera**. Sabe reparar la tele. Pero no sabe qué metro tomar para ir al centro. La tomo muy fuerte de la mano mientras esperamos a que llegue el tren.

Cuando tenía tiempo dibujaba. Ahora dibuja con hilo y aguja pequeños botones de rosa, tulipanes de hilo de seda. Algún día le gustaría ir al ballet. Algún día también, ver una obra de teatro. Pide discos de ópera en la biblioteca pública y canta con pulmones **aterciopelados** y poderosos como **glorias** azules.

Hoy, mientras cuece la avena, es Madame Butterfly hasta que suspira y me señala con la cuchara de palo. Yo pude haber sido alguien, ¿sabes? Ve a la escuela, Esperanza. Estudia **macizo**. Esa Madame Butterfly era una tonta. Menea la avena. Fíjate en mis comadres. Se refiere a Izaura, cuyo marido se largó, y a Yolanda, cuyo marido está muerto. Tienes que cuidarte solita, dice moviendo la cabeza.

Y luego, nada más porque sí:

La vergüenza es mala cosa, ¿sabes? No te deja levantarte. ¿Sabes por qué dejé la escuela? Porque no tenía ropa bonita. Ropa no, pero cerebro sí.

¡Ufa!, dice disgustada, meneando de nuevo. Yo entonces era bien **águila**.





CAPÍTULO 4

# NUESTRO DÍA BUENO

**S**i me das cinco dólares voy a ser tu amiga para siempre. Eso es lo que me dice la chiquita.

Cinco dólares es barato, porque no tengo ninguna amiga, nomás la Cathy que es mi amiga sólo hasta el martes.

Cinco dólares, cinco dólares.

Anda buscando alguien que ponga dinero, para comprar una bicicleta del **escuincle** ese llamado Tito. Ya tienen diez dólares y todo lo que les falta son cinco más. Nomás cinco dólares, dice ella.

No hables con ellos, dice Cathy. ¿No te das cuenta de que huelen a escoba?

Pero me caen bien. Usan ropa vieja, chueca y arrugada. Traen zapatos brillantes de domingo aunque sin calcetines. Eso les pone rojos los tobillos desnudos, pero me caen bien. Especialmente la grande, que se ríe con todos sus dientes. Ella me gusta aunque deje que la chiquita haga toda la plática.

Cinco dólares, dice la chiquita, nomás cinco.

Cathy me jala del brazo y sé que haga yo lo que haga, se va enojar conmigo para siempre.

Esperáme tantito, le digo y corro adentro por los cinco dólares. Tengo tres ahorrados y voy a sacar dos de Nenny.

Nenny no está en la casa, pero estoy segura de que le dará gusto cuando sepa que tenemos una bicicleta. Cuando regreso, Cathy se ha ido, como pensé que lo haría, pero no me importa.



Tengo dos nuevas amigas y también una bicicleta.

Yo me llamo Lucy, dice la mayor. Esta es Rachel, mi hermana.

Yo soy su hermana, dice Rachel. ¿Tú quién eres?

¡Qué daría yo por llamarme Casandra o Alexis o Maritza—lo que sea, menos Esperanza—pero cuando les digo mi nombre no se ríen!

Venimos de Texas, dice Lucy y sonrío de oreja a oreja. Ella nació aquí, pero mí soy de Texas.

Querrás decir yo, corrijo.

No, mí soy de Texas, y no me entiende.

La bicicleta nos toca a las tres, dice Rachel, que ya está pensando a futuro. Hoy es mía, mañana de Lucy, y tuya al tercer día. Pero todas queremos andar en bicicleta hoy porque es nueva, así que decidimos tomar turnos hasta pasado mañana. Hoy nos pertenece a todas.

Todavía no les digo nada de Nenny. Es mucho **relajo**. Sobre todo porque Rachel casi le saca un ojo a Lucy por quién va a subir primero, pero al fin decidimos subirnos todas juntas. ¿Por qué no?

Como Lucy tiene piernas largas, pedalea. Yo me **monto** en el asiento trasero y Rachel es bastante flaca para treparse en los

manubrios, lo que pone a la bicicleta a **tambalearse** con ruedas de espagueti, pero después de un ratito nos acostumbramos.

Rodamos rápido y más rápido. Pasamos mi casa, triste y roja y desmoronada en algunas partes, pasamos el **abarrote** de Mr. Benny en la esquina, y hacia abajo por la avenida que es peligrosa. Lavandería, tienda de usado, farmacia, ventanas y carros y más carros y vuelta a la manzana de regreso a Mango.

La gente del autobús nos saludaba. Una señora muy gorda que cruza la calle nos dice: vaya que andan pesadas.

La pesada será usted, señora, grita Rachel, que es bien grosera.

Abajo, abajo, abajo Mango Street, Rachel, Lucy y yo. Nuestra bicicleta nueva. Y enchuecar el camino a **carcajadas**.



CAPÍTULO 5

# LOS QUE NO

Los que no saben llegan a nuestro barrio asustados. Creen que somos peligrosos. Piensan que los vamos a asaltar con **navajas** brilladoras. Son tontos que se han perdido y caen aquí por equivocación.

Pero no tenemos miedo. Conocemos al muchacho con el ojo chueco; es el hermano de Davey the Baby, y el altote junto a él con sombrero panameño es el Eddie V. de Rosa, y el grandote que parece un viejo **zonzo** es el Fat Boy, aunque ya no esté gordo ni sea niño.

Todo moreno por todos lados, estamos seguros. Pero en un barrio de otro color nuestras rodillas comienzan a temblar traca traca y subimos las ventanillas de nuestros carros hasta arriba y nuestros ojos miran al frente. Sí. Así es.



CAPÍTULO 6

# GIL COMPRAVENTA DE MUEBLES

**E**l dueño de la tienda de usado es un viejo. Una vez le compramos un refrigerador usado, y Carlos le vendió una caja de revistas por un dólar. La tienda es chica, sólo tiene una ventana sucia para la luz. Él no enciende la luz a menos que traigas dinero para comprarle, así que Nenny y yo vemos toda clase de **cachivaches** en la oscuridad. Mesas con las patas para arriba, y filas y filas de refrigeradores con esquinas redondas, y sillones que hacen girar el polvo en el aire cuando les pegas y cien televisores que tal vez no sirven. Todo está **encimado**, así que toda la tienda es de pasillitos muy angostos para caminarla y puedes perderte bien fácil.

El dueño, él es un negro que no habla mucho y si no conoces bien puedes estar allí mucho tiempo antes de que tus ojos descubran unos anteojos de oro flotando en la oscuridad. Nenny, que se cree muy lista y platica con cualquier viejo, le hace montones de preguntas. Yo a él nunca le dije nada, nada más cuando le compré la Estatua de la Libertad por un *dime*.

Pero a Nenny la oigo preguntarle qué es esto, y el hombre dice: Esto, esto es una caja de música, y yo me volteo rápido pensando que él quiere decir una preciosa caja que tiene flores pintadas y una bailarina adentro. Pero no hay nada de eso en lo que el viejo señala; solo una caja de madera que es vieja y tiene un enorme disco de latón con agujeros. Entonces él la echa a

andar y empiezan a suceder muchas cosas, como si de repente soltara un millón de polillas sobre los muebles polvosos y en las sombras como cuello de cisne y en nuestros huesos. Es como gotas de agua. O como **marimbas**, pero con un curioso sonidito punteado, como si recorrieras tus dedos sobre los dientes de un peine metálico.

Y entonces no sé por qué, tengo que voltearme y fingir que la caja no me importa para que Nenny no pueda ver qué estúpida soy. Pero Nenny, que es más estúpida, ya está preguntando cuánto vale y veo sus dedos buscando las monedas en los bolsillos de sus pantalones.

Esto, dice el viejo cerrando la tapa, esto no se vende.







CAPÍTULO 7

# LAS TRES HERMANAS



Vinieron con el viento que sopla en agosto, delgadito como tela de araña y casi sin que las vieran. Tres que no parecían tener relación sino con la luna. Una con risa de **estaño** y una con ojos de gato y una con manos como **porcelana**. Las tías, las tres hermanas, las comadres, dijeron ellas.

La bebé murió. La hermana de Rachel y Lucy. Una noche un perro aulló y al día siguiente un pájaro entró por la ventana abierta. Antes de que terminara la semana, la fiebre de la bebé empeoró. Entonces vino Jesús, tomó a la bebé y se la llevó lejos. Eso fue lo que dijo su mamá.

Luego llegaron las visitas... un puro entrar y salir de la casita. Era difícil mantener los pisos limpios. Cualquiera que se había preguntado jamás de qué color eran las paredes entraba a mirar ese pulgarcito de humano en una caja como de dulces.

Yo nunca había visto a alguien muerto, no la muerte de a de veras, no en la sala de alguien donde la gente besaba y bendecía y encendía una vela. No en una casa. Parecía **extrañísimo**.

Deben haberlo sabido, las hermanas. Tenían el poder y podían sentir qué era qué. Dijeron ellas: ven acá, y me dieron un chicle. Olían a Kleenex o al interior de una bolsa de **satín**, y entonces ya no sentí miedo.

¿Cómo te llamas?, preguntó la de ojos de gato.

Esperanza, dije yo.

Esperanza, repitió la vieja venas azules en una **aguda** voz delgada. Esperanza ... un buen nombre, un buen nombre.

Me duelen las rodillas, se quejó la de la risa chistosa.

Mañana va llover.

Sí, mañana, dijeron.

¿Cómo lo saben?, pregunté.

Lo sabemos.

Mira sus manos, dijo la ojos de gatos.

Y me las voltearon una y otra vez como si estuviesen buscando algo.

Es especial.

Sí, llegará muy lejos.

Sí, sí, hmmm.

Haz un deseo.

¿Un deseo?

Sí, pide algo, ¿qué es lo que quieres?

¿Lo que sea?, dije yo.

Sí, bueno, ¿por qué no?

Cerré los ojos.

¿Ya pediste tu deseo?

Sí, dije yo.

Bueno, eso es todo. Se te va a conceder.

¿Cómo lo saben?, les pregunté.

Sabemos. Sabemos.

Esperanza. La de las manos de **mármol** me llamó aparte.

Esperanza. Tomó mi rostro con sus manos de venas azulosas y me miró y me miró. Un largo silencio. Cuando te vayas siempre debes acordarte de volver, dijo ella.

¿Qué?

Cuando te vayas tienes que acordarte de regresar por los demás. Un círculo, ¿comprendes? Tú siempre serás Esperanza. Tú siempre serás Mango Street. No puedes borrar lo que sabes. No puedes olvidar quien eres.

No supe qué decir. Era como si ella me leyera la mente, como si supiera cuál había sido mi deseo, y me avergoncé por mi deseo tan egoísta.

Debes acordarte de regresar. Por los que no pueden irse tan fácilmente como tú. ¿Te acordarás?, preguntó como si me lo estuviera ordenando. Sí, sí, dije yo un poco confusa.

Bueno, dijo ella **sobándome** las manos. Bueno. Eso es todo. Puedes irte.

Me levanté a alcanzar a Rachel y Lucy que ya estaban afuera esperándome junto a la puerta, preguntándose qué hacía yo con tres viejitas que olían a canela. No entendí todo lo que me dijeron. Me di la vuelta. Sonrieron y se esfumaron diciendo adiós con sus manos de humo.

Después no volví a verlas. Ni una vez, ni dos, ni jamás nunca.





CAPÍTULO 8

# UNA CASA PROPIA

**N**o un piso. No un departamento interior, No la casa de un hombre. No la de un papacito. Una casa que sea mía. Con mi porche y mi almohada, mis bonitas **petunias** púrpura. Mis libros y mis cuentos. Mis dos zapatos esperando junta a la cama. Nadie a quien amenazar con un palo. Nada que recogerle a nadie.

Sólo una casa callada como la nieve, un espacio al cual llegar, limpia como la hoja antes del poema.





CAPÍTULO 9

# A VECES MANGO DICE ADIÓS

**M**e gusta contar cuentos. Los cuento dentro de mi cabeza. Los cuento después de que el cartero dice: aquí está su correo. Aquí está su correo, dijo.

Escribo un cuento para mi vida, para cada paso que dan mis zapatos cafés. Digo: “Y subió penosamente los escalones de madera, sus tristes zapatos cafés llevándola a la casa que nunca le gustó.”

Me gusta contar cuentos. Voy a contarte el cuento de una niña que no quería pertenecer.

No siempre hemos vivido en Mango Street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler fue Paulina, pero lo que más recuerdo es Mango Street, triste casa roja, la casa a la que pertenezco sin pertenecerle.

Lo escribo en el papel y entonces el fantasma no duele tanto. Lo escribo y Mango me dice adiós algunas veces. No me **retiene** en sus brazos. Me pone en libertad.

Un día llenaré mis maletas de libros y papel. Algún día le diré adiós a Mango. Soy demasiado fuerte para que me retenga. Un día me iré.

Amigos y vecinos dirán, ¿qué le pasó a esa Esperanza?, ¿a dónde fue con todos esos libros y papel?, ¿por qué se marchó tan lejos?

No sabrán, por ahora, que me he ido para volver, volver por los que se quedaron. Por los que no.



CAPÍTULO 10

# UN SÁNDWICH DE ARROZ

Los niños especiales, los que llevan llaves colgadas del cuello, comen en el **refectorio**. ¡El refectorio! Hasta el nombre suena importante. Y esos niños van allí a la hora del lonche porque sus madres no están en casa o porque su casa está demasiado lejos.

Mi casa no está muy lejos pero tampoco muy cerca, y de algún modo se me metió un día en la cabeza pedirle a mi mamá que me hiciera un sándwich y le escribiera una nota a la directora para que yo también pudiera comer en el refectorio.

Ay no, dice ella apuntando hacia mí el cuchillo de la mantequilla como si yo fuera a empezar a **dar la lata**, no señor. Lo siguiente es que todos aquí van a querer una bolsa de lonche. Voy a estar toda la noche cortando triangulitos de pan: éste con mayonesa, éste con mostaza, el mío sin pepinillos pero con mostaza por un lado por favor. Ustedes niños sólo quieren darme más trabajo.

Pero Nenny dice que a ella no le gusta comer en la escuela—nunca—porque a ella le gusta ir a casa de su mejor amiga, Gloria, que vive frente al patio de la escuela. La mamá de Gloria tiene una tele grande a color y lo único que hacen es ver caricaturas. Por otra parte, Kiki y Carlos son agentes de tránsito infantiles. Tampoco quieren comer en la escuela. A ellos les gusta pararse

afuera en el frío, especialmente si está lloviendo. Desde que vieron esa película, *300 espartanos*, creen que sufrir es bueno.

Yo no soy espartana y levanto una anémica muñeca para probarlo. Ni siquiera puedo inflar un globo sin marearme. Y además, sé hacer mi propio lonche. Si yo comiera en la escuela habría menos platos que lavar. Me verías menos y menos y me querrías más. Cada mediodía mi silla estaría vacía. Podrías llorar: ¿Dónde está mi hija favorita?, y cuando yo regresara por fin a las tres de la tarde, me valorarías.

Bueno, bueno, dice mi madre después de tres días de lo mismo. Y a la siguiente mañana me toca ir a la escuela con la carta de Mamá y mi sándwich de arroz porque no tenemos carnes frías.

Los lunes y los viernes da igual, las mañanas siempre caminan muy despacio y hoy más. Pero finalmente llega la hora y me formo en la fila de los niños que se quedan a **lonchar**. Todo va muy bien hasta que la monja que conoce de memoria a todos los niños del refectorio me ve y dice: y a ti ¿quién te mandó aquí? Y como soy penosa no digo nada, nomás levanto mi mano con la carta. Esto no sirve, dice, hasta que la madre superiora dé su aprobación. Sube arriba y habla con ella. Así que fui.

Espero a que les grite a dos niños antes que a mí, a uno porque hizo algo en clase y al otro porque no lo hizo. Cuando llega mi turno me paro frente al gran escritorio con estampitas de santos bajo el cristal mientras la madre superiora lee mi carta, que dice así:

*Querida madre superiora:*

*Por favor permítale a Esperanza entrar en el salón comedor porque vive demasiado lejos y se cansa. Como puede ver está muy flaquita. Espero en Dios no se desmaye.*

*Con mis más cumplidas gracias,*

Sra. E. Cordero

Tú no vives lejos, dice ella. Tú vives cruzando el bulevar. Nada más son cuatro cuadras. Ni siquiera. Quizá tres. De aquí son tres largas cuadras. Apuesto a que alcanzo a ver tu casa desde mi ventana. ¿Cuál es? Ven acá, ¿cuál es tu casa?

Y entonces hace que me trepe en una caja de libros. ¿Es ésa? Dice señalando una fila de edificios feos de tres pisos, a los que hasta a los **pordioseros** les da pena entrar. Sí, muevo la cabeza aunque aquella no era mi casa y me echo a llorar. Yo siempre lloro cuando las monjas me gritan, aunque no me estén gritando.

Entonces ella lo siente y dice que me puedo quedar—sólo por hoy, no mañana ni el día siguiente. Y yo digo sí y por favor, ¿podría darme un Kleenex?—tengo que **sonarme**.

En el refectorio, que no era nada del otro mundo, un montón de niños y niñas miraban mientras yo lloraba y comía mi sándwich, el pan ya grasoso y el arroz frío.







# SANDRA CISNEROS

Nacida en Chicago, Illinois, en diciembre de 1954, Sandra Cisneros creció con seis hermanos y empezó a escribir siendo todavía una adolescente. Sus obras infantiles *Pelitos* y la muy conocida *La casa en Mango Street* son parte de sus muchos libros de poesía y ficción. Cisneros se graduó de la Universidad de Loyola en Chicago, así como de la Universidad de Iowa, y ha recibido numerosos premios por sus obras, incluyendo el reconocimiento MacArthur Fellowship.

Sandra Cisneros comenzó a escribir *La casa en Mango Street* cuando tenía 22 años como un intento de ayudar a otras personas a entender su propia cultura y origen. Cisneros valora el poder retribuir de alguna manera a su comunidad, y ha fundado varias organizaciones para ayudar a los escritores y promover el arte en general. Ha dado clases a alumnos de diversas edades y también ha trabajado con estudiantes que han tenido que abandonar la escuela. Sandra Cisneros vive actualmente en México.



# Narrativas personales, poesía y ficción contemporánea

## Glosario

### A

**abarrote**, s. tienda

**abismo**, s. precipicio

**achaques**, s. malestares, enfermedades

**¿A cómo son?**, v. ¿cuánto cuestan?

**acurrucaba**, v. abrazaba, acogía

**agraz**, adj. inmaduro

**agrimensor**, s. persona que mide y le da valor a una propiedad o terreno

**aguda**, adj. fina

**águila**, adj. lista, inteligente

**alarmó**, v. preocupó

**andar**, v. caminar

**andrajoso**, adj. roto, sucio

**ansiedad**, s. nerviosismo

**apearme**, v. bajarme

**apretados**, adj. muy cerca unos de otros

**arqueaba**, v. doblaban

**arrecholados**, adj. muy juntos

**arremetí**, v. choqué

**asfixiaba**, v. dificultad para respirar

**aterciopelados**, adj. suaves

**aterrada**, adj. con mucho miedo o temor

**atroz**, adj. intenso, fuerte

**auscultábamos**, v. buscábamos

**aversión**, s. rechazo

### B

**balde**, s. recipiente, contenedor

**barajo**, v. cambiar de orden repetidas veces

**barquillos**, s. conos o cilindros de harina donde se sirve helado

**barranco, s.** precipicio

**bienvenida, s.** recibimiento

**bisabuela, s.** la abuela de mi madre o de mi padre

**blanqueó, v.** se cubrió de canas

**bohíos, s.** casa rectangular construida con troncos

**Borinquen, s.** nombre que se le dio a Puerto Rico antes de la llegada de los españoles

**brecha, s.** camino

**bullía, v.** tenía mucha actividad

## C

**cabarets, s.** salones donde se tocaba música en vivo

**cabriolas, s.** saltos en el aire

**cacerolas, s.** vasijas

**cacharros, s.** recipientes

**cachivaches, s.** objetos

**cálido, adj.** tibio

**carcajadas, s.** risa con sonido fuerte

**casero, s.** dueño o administrador de la casa

**casona, s.** casa grande

**cedía, v.** se movía

**cenador, s.** glorieta

**cernícalos, s.** aves de rapiña

**chachareaba, v.** platicaba

**chapado a la antigua, loc adj.** con ideas y costumbres de tiempos pasados

**circo, s.** espectáculo con actuaciones de payasos y acróbatas

**cobraban vida, loc v.** se volvían reales

**cola, s.** fila

**comisarios, s.** policías

**complacerme, v.** darme gusto, hacerme sentir feliz

**contemplaba, v.** veía, observaba

**contorsionista, adj.** persona que hace movimientos bruscos y extraordinarios con su cuerpo

**copiosas, adj.** abundantes

**corcel, s.** caballo

**corre en las familias, loc adj.** se pasa de generación en

generación

**cumbre, s.** la parte más alta

## D

---

**dar la lata, loc. v.** portarse mal

**deberes, s.** obligaciones

**descarapelada, adj.** maltratada, en mal estado

**deseable, adj.** mejor

**desfilaron, v.** pasaron de una en una

**dime, s.** moneda de 10 centavos americanos

**discrepar, v.** no estar de acuerdo

**divisaba, v.** veía, observaba

## E

---

**echó de cabeza, v.** echó cabeza abajo, o al revés

**electrodos, s.** transmisores de una corriente eléctrica

**emotiva, adj.** lleno de emoción

**encimado, adj.** arriba de algo

**entreabierta, adj.** un poco abierta

**enturbiado adj.** oscurecido

**escuincle, s.** niño

**esmeraldas, s.** piedras preciosas de color verde

**esmero, s.** esfuerzo

**espartanos, s.** habitantes de Esparta en Grecia.

**especulaban, v.** suponían

**estaño, s.** aluminio

**estremecían, v.** temblaban

**estrepitosa, adj.** fuerte

**exhausta, adj.** muy cansado

**expedito, adj.** libre

**experiencia, s.** vivencia

**extrañísimo, adj.** muy raro

**extravagantes, adj.** original, poco común

## F

---

**familiares, adj.** conocidas

**fascinó, v.** gustó mucho

**feroz, adj.** que ataca con agresividad

**férrea, adj.** muy firme

**files, s.** campos

**framboyanes, s.** especie de árbol

## G

**gandules, s.** legumbre que se utiliza en algunos platillos o guisados

**glorias, s.** tipo de flores

**grillos, s.** ganchos

**grueso, adj.** gordo

**guarida, s.** escondite

**guisos, s.** comida cocinada con salsa

## H

**hamaca, s.** red que se cuelga por los extremos y sirve como cama

**hincar el diente, loc. v.** morder

**hinchado, v.** se agrandó con la humedad

**hipnotizaba, v.** causaba fascinación y asombro

**hogazas, s.** pan grande de forma redonda

**hollín, s.** polvo negro que se adhiere a la piel y que proviene del humo

**honor, s.** privilegio

**horribles, adj.** feas

## I

**“I don’t think so,” v.** no lo creo

**incorporaba, v.** levantaba

**indiferencia, s.** sin interés

**ingeniármelas, v.** arreglármelas

**inmensa, adj.** enorme

**inmensidad, s.** cantidad o extensión de tamaño muy grande

**intermitente, adj.** que se interrumpe

**irrita, v.** molesta

## K

**kiosco, s.** lugar donde se venden dulces y golosinas

## L

**lava, s.** material caliente y líquido que expulsa un volcán

**letargo, s.** estado de cansancio o somnolencia

**linderos, s.** límites de un terreno

**lonchar, v.** comer almuerzo

## M

**macizas, adj.** resistentes

**macizo, adj.** mucho

**madrugador, adj.** que se despierta muy temprano

**majestuoso, adj.** grandioso, elegante

**maniobras, s.** movimientos

**manisero, s.** persona que vende cacahuates

**marchan, v.** se van, se alejan

**mar de gente, loc. s.** muchas personas

**marimbas, s.** instrumento musical de percusión

**mármol, s.** roca con vetas cristalinas de diferentes colores

**marrón, adj.** de color café

**mensajeras, adj.** que lleva mensajes

**miope, s.** condición del ojo que no permite ver bien

**monigote, s.** figura humorística

**monja, s.** religiosa que pertenece a una congregación

**monosílabo, s.** palabra de una sola sílaba

**montajes, s.** obras de teatro

**monto, v.** subo

**mortificaba, v.** preocupaba

**muchedumbre, s.** gran cantidad de gente

**muda, adj.** sin palabras

**mudanzas, s.** cambios de casa

**mudarnos, v.** cambiarnos

**muchedumbre, s.** gran cantidad de gente

**muecas, s.** gestos

**mustié, v.** ponerse triste; marchitarse como una planta



## N

**nata**, s. capa de crema que se forma al hervir la leche

**navajas**, s. tipo de cuchillo para cortar

**néctar**, s. jugo

## O

**ondea**, v. moverse de un lado a otro por el viento

**ópera**, s. género musical cuyo instrumento principal es la voz

## P

**pacían**, v. comían pasto

**palillos**, s. palos muy delgados y pequeños

**palos**, s. golpes

**palpable**, adj. evidente, que se puede ver

**pánicos**, s. miedo intenso

**pencas**, s. hoja o tallo

**penetrantes**, adj. fuertes

**persuadido**, v. convencido

**pértiga**, s. vara larga utilizada por atletas en el salto de altura

**perturbó**, v. molestó

**petunias**, s. tipo de flores

**pista**, s. lugar

**plata**, s. metal precioso que se extrae de las minas

**porcelana**, s. material blanco y delicado

**pordioseros**, s. personas de condición muy humilde, sin un lugar para vivir

**porquera**, s. persona que cuida a los puercos

**portadas**, s. cubiertas

**portal**, s. área de acceso a la entrada principal de la casa

**posaba**, v. modelaba

**posaban**, v. pararse sobre algo después de volar

**pregón**, s. venta de algo a gritos por la calle

**prolongada**, adj. larga

## Q

---

**quetzal**, s. pájaro colorido nativo de América Latina

**quietas**, adj. tranquilas

## R

---

**reanudé**, v. continué

**refectorio**, s. comedor

**relajo**, adj. problema, complicación

**rejo**, adj. por un lado

**reparaba**, v. arreglaba

**repleta**, adj. llena

**retiene**, v. conservar en un lugar

**reto**, s. situación difícil

**retoñara**, v. brotar de nuevo

**retratos**, s. fotografías, cuadros

**retrospección**, s. mirar hacia el pasado para recordarlo

**robo**, v. adueñarse de cosas ajenas

**rollo**, s. tira de papel

**rutina**, s. algo que sucede continuamente

## S

---

**salpica**, v. cae en forma de gotas

**satín**, s. material suave como la seda

**seduce**, v. llama

**seleccionas**, v. escoges

**serena**, adj. tranquila

**siboneyes**, s. habitantes de cuevas en el Caribe

**sirena**, s. aparato que emite un sonido de alerta muy fuerte

**sobándome**, v. acariciándome

**solemne**, adj. seria, formal

**sonarme**, v. limpiarme la nariz

**sorprendida**, adj. con sorpresa

**susurra**, v. habla bajito

**susurro**, s. sonido suave

## T

---

**tabacalera** s. fábrica de tabaco

**tambalearse**, v. moverse de un lado al otro

**temporario**, adj. por un tiempo determinado, no definitivo

**tapia**, s. muro, pared

**telones**, s. cortina que cubre el escenario en un teatro

**tiovivo**, s. carrusel

**tirando**, v. cerrando fuertemente

**tocas**, s. accesorio utilizado por las monjas para cubrir la cabeza

**todo mundo**, loc. s. todos

**torbellino**, s. remolino de viento o aire

**tornó**, v. cambió

**trajín**, s. actividad, lío

**tranquillo**, s. habilidad de hacer algo por repetición

**traviesa**, s. pieza alargada de madera

**trecho**, s. tramo de un camino

**trepé**, v. subí

**trotes**, s. actividades

**turquesa**, s. piedra de color azul

raíces y frutos fritos o apenas cocidos

**vigías**, s. vigilantes

**vislumbraba**, v. percibía

**vivitos y coleando**, adj. vivos

**volé**, v. fui rápidamente

## V

---

**verdulero**, s. persona que vende verduras

**viandero**, s. persona que vende

# Core Knowledge Language Arts

## Amplify.

### **General Manager K-8 ELA and SVP, Product**

Alexandra Clarke

### **Chief Academic Officer, Elementary Humanities**

Susan Lambert

### **Content and Editorial**

Elizabeth Wade, PhD, Elementary Language Arts Content

Patricia Erno, Associate Director, Elementary ELA Instruction

Maria Martinez, Associate Director, Spanish Language Arts

Baria Jennings, EdD, Senior Content Developer

Christina Cox, Managing Editor

### **Product and Project Management**

Ayala Falk, Director, Business and Product Strategy, K-8 ELA

Amber McWilliams, Senior Product Manager

Elisabeth Hartman, Associate Product Manager

Catherine Alexander, Senior Project Manager, Spanish Language Arts

Leslie Johnson, Associate Director, K-8 ELA

Thea Aguiar, Director of Special Projects, CKLA

Zara Chaudhury, Project Manager, K-8 ELA

### **Design and Production**

Tory Novikova, Product Design Director

Erin O'Donnell, Product Design Manager

### **Contributors**

Nanyamka Anderson

Olioli Buika

Bill Cheng

Sherry Choi

Laia Cortes

Stuart Dalgo

Sandra De Gennaro

Lucas De Oliveira

Pedro Ferreira

Nicole Galuszka

Nick Garcia

Ken Harney

Molly Hensley

David Herubin

Isabel Hetrick

Ian Horst

Sara Hunt

Jagriti Khirwar

Julie Kim

Kristen Kirchner

Lisa McGarry

James Mendez-Hodes

Emily Mendoza

Ana Mercedes Falcón

Christopher Miller

Tamara Morris

Jackie Ovalle

Tara Pajouhesh

Sofía Pereson

Jackie Pierson

Sheri Pineault

Diana Projansky

Dominique Ramsey

Todd Rawson

Jennifer Skelley

Julia Sverchuk

Elizabeth Thiers

Jeanne Thornton

Amanda Tolentino

Lyna Ward

Paige Womack

Amy Xu

# Core Knowledge Language Arts

## Core Knowledge Foundation

### Series Editor-in-Chief

E. D. Hirsch Jr.

### President

Linda Bevilacqua

### Editorial Staff

Mick Anderson  
Robin Blackshire  
Laura Drummond  
Emma Earnst  
Lucinda Ewing  
Sara Hunt  
Rosie McCormick  
Cynthia Peng  
Liz Pettit  
Tonya Ronayne  
Deborah Samley  
Kate Stephenson  
Elizabeth Wafler  
James Walsh  
Sarah Zelinke

### Acknowledgments

These materials are the result of the work, advice, and encouragement of numerous individuals over many years. Some of those singled out here already know the depth of our gratitude; others may be surprised to find themselves thanked publicly for help they gave quietly and generously for the sake of the enterprise alone. To helpers named and unnamed we are deeply grateful.

### Contributors to Earlier Versions of These Materials

Susan B. Albaugh, Kazuko Ashizawa, Kim Berrall, Ang Blanchette, Nancy Braier, Maggie Buchanan, Paula Coyner, Kathryn M. Cummings, Michelle De Groot, Michael Donegan, Diana Espinal, Mary E. Forbes, Michael L. Ford, Sue Fulton, Carolyn Gosse, Dorrit Green, Liza Greene, Ted Hirsch, Danielle Knecht, James K. Lee, Matt Leech, Diane Henry Leipzig, Robin Luecke, Martha G. Mack, Liana Mahoney, Isabel McLean, Steve Morrison, Juliane K. Munson, Elizabeth B. Rasmussen, Ellen Sadler, Rachael L. Shaw, Sivan B. Sherman, Diane Auger Smith, Laura Tortorelli, Khara Turnbull, Miriam E. Vidaver, Michelle L. Warner, Catherine S. Whittington, Jeannette A. Williams.

We would like to extend special recognition to Program Directors Matthew Davis and Souzanne Wright, who were instrumental in the early development of this program.

### Schools

We are truly grateful to the teachers, students, and administrators of the following schools for their willingness to field-test these materials and for their invaluable advice: Capitol View Elementary, Challenge Foundation Academy (IN), Community Academy Public Charter School, Lake Lure Classical Academy, Lepanto Elementary School, New Holland Core Knowledge Academy, Paramount School of Excellence, Pioneer Challenge Foundation Academy, PS 26R (the Carteret School), PS 30X (Wilton School), PS 50X (Clara Barton School), PS 96Q, PS 102X (Joseph O. Loretan), PS 104Q (the Bays Water), PS 214K (Michael Friedsam), PS 223Q (Lyndon B. Johnson School), PS 308K (Clara Cardwell), PS 333Q (Goldie Maple Academy), Sequoyah Elementary School, South Shore Charter Public School, Spartanburg Charter School, Steed Elementary School, Thomas Jefferson Classical Academy, Three Oaks Elementary, West Manor Elementary.

And a special thanks to the CKLA Pilot Coordinators, Anita Henderson, Yasmin Lugo-Hernandez, and Susan Smith, whose suggestions and day-to-day support to teachers using these materials in their classrooms were critical.

### Design and Graphics Staff

Kelsie Harman  
Liz Loewenstein  
Bridget Moriarty  
Lauren Pack

### Consulting Project Management Services

ScribeConcepts.com

### Additional Consulting Services

Erin Kist  
Carolyn Pinkerton  
Scott Ritchie  
Kelina Summers



**Illustration and Photo Credits (Personal Narratives)**

All personal narrative illustrations by Olioli Buika.

**Illustration and Photo Credits (Poetry)**

All poem illustrations by Dominique Ramsey; Navigation tool: Shutterstock; Old paper: najin/iStockphoto;

**Amplify** Caminos

940L

**Español**

ISBN 9781636028798



9 781636 028798